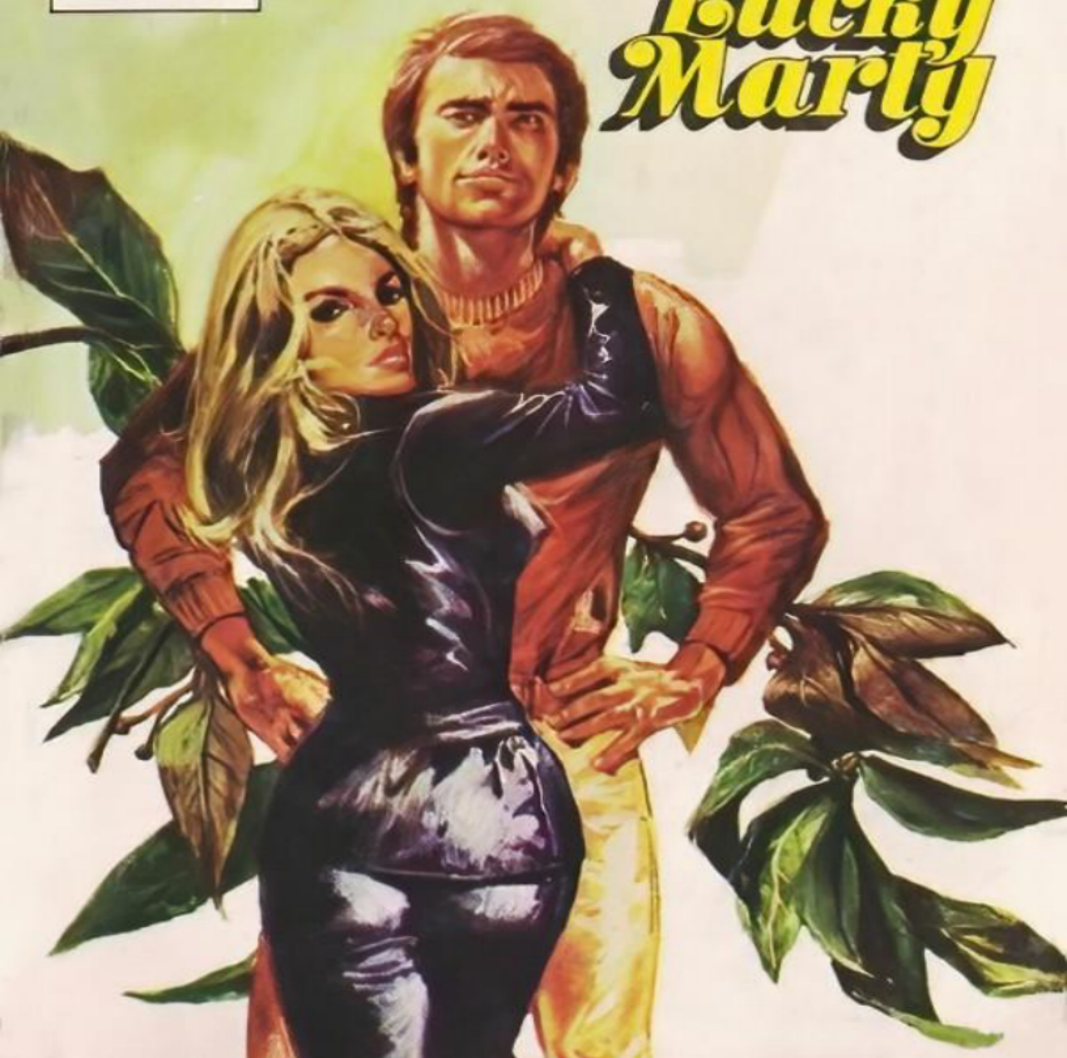
BRUGUERA

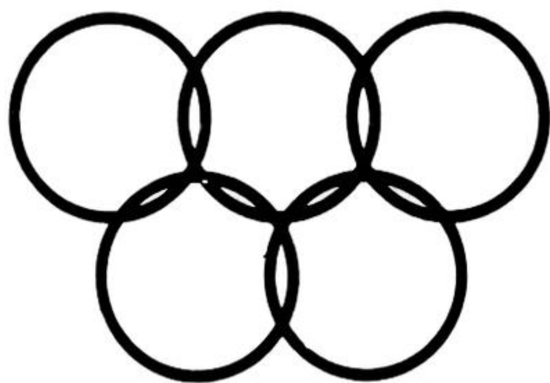
BOLSILIBROS

ACCION

FALSO CAMPEON

Lucky Marty





COLECCION
DOBLE JUEGO





LUCKY MARTY

FALSO CAMPEON

Colección
DOBLE JUEGO n.º 50
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
CAMPS Y FABRES, 5 - BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

45 — *La apuesta era la vida.* George Sound

46 — *El terror de los estadios.* Joseph Berna

47 — *Sangre, oro y ¡gloria!* Lucky Marty

48 — *Asesinato en el hipódromo.* Alan Parker

49 — *Ocho bajo par,* George Sound

ISBN 84 02 09277 2
Depósito legal: B. 1.433 1983

Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: marzo. 1983
2.ª edición en América: septiembre. 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona 1983

Un cuerpo débil, debilita el espíritu.
Rousseau

CAPÍTULO PRIMERO

Aquella noche, todo el Madison Square Garden de Nueva York estaba lleno a rebosar.

No se trataba de ningún campeonato de judo, pero el nombre del famoso, polémico y discutido Mike Ascari si figuraba en el último combate de aquella velada, en la que, una hora antes de empezar, se sentía la creciente tensión en el vestíbulo del Garden; los compradores de las entradas a última hora, los revendedores siempre alerta, los activos corredorcillos que hacían apuestas en el postrer minuto —ocho contra cinco a favor de Mike Ascari, cinco contra nueve por Vasily Botvimik—, les hacían especular sobre las diferencias.

En realidad, aunque los organizadores se habían esforzado en confeccionar un excelente cartel, la única pelea que allí interesaba y por lo que el amplio local se había atestado, era el combate de fondo: el plato fuerte entre el norteamericano Mike Ascari y el formidable ruso Vasily Botvimik.

Hacía menos de un año que, en terreno neutral, concretamente en el lejano Tokio, Mike Ascari le había arrebatado el campeonato del mundo a Vasily Botvimik.

Aquella había sido una pelea memorable, en la que el ruso terminó con dos costillas fracturadas y un esguince en el tobillo izquierdo; pero nada más reponerse de las lesiones, tras un duro y tenaz entrenamiento, había lanzado su reto al nuevo campeón mundial.

Por supuesto, Mike Ascari se había apresurado a aceptar.

Tan solo había puesto dos condiciones: la pelea no tendría más límite que la derrota total del adversario al rendirse por él mismo y la bolsa de ambos sería íntegramente para el vencedor.

A su vez, el ruso Vasily Botvimik también había aceptado.

La Federación Internacional de Judo, inicialmente, había puesto algunas pegas sobre aquel singular combate. No era normal que dos excelentes *judokas* de fama mundial se enfrentasen en aquellas condiciones.

Los más puristas pretendieron apoyarse en el criterio de que el judo es el arte de luchar con gentileza. Como en todo deporte, la rivalidad debía existir: pero una cosa era eso y otra muy distinta la animosidad personal entre los dos antagonistas.

—En ese combate, uno de los dos puede morir —recordó un federativo.

Aquel hombre tenía sus razones para opinar así: antes de su combate

con Vasily Botvimik, cuando marchaba como un meteoro hacia la cumbre del campeonato mundial de los grandes pesos, el rudo y contundente Mike Ascari ya había dejado a dos de sus contrincantes muertos sobre la lona.

En Dinamarca, en una exhibición de judo que se dio en Copenhague, el japonés Yashamita Mimure había opuesto una tenaz resistencia a Mike Ascari. Hasta que el joven norteamericano pareció enfadarse, acometió al japonés con una veloz proyección sobre su cadera y, al soltarle tras aquel fulminante *Hane-Goshi* su contrincante se rompió el cuello, con rotura de la columna vertebral.

Pocas horas después, Yashamita Mimure moría en el hospital.

La prensa mundial, sobre todo la deportiva, se hizo eco de aquel desgraciado accidente. Ninguno de los jueces de la pelea tuvo nada que oponer contra Mike Ascari: el joven americano no era responsable si su rival no tuvo los reflejos suficientes para dejarse caer tras aquel eficaz *Hane-Goshi.*

Pero cuando en Roma le ocurrió lo mismo al holandés Van Der-Venker medio año más tarde, las opiniones sobre la forma de practicar el judo de Mike Ascari ya no fueron tan unánimes. Un cronista deportivo escribió por aquellas fechas:

«Mike Ascari está resultando un *judoka* mortal. Este joven americano parece olvidar que la palabra «judo» quiere decir en japonés «arte de ceder», o, como se le ha llamado frecuentemente —quizá un tanto erróneamente—, el «arte de la suavidad».

La verdad era que Van Der-Venker no había tenido ninguna muerte «suave»: una de sus costillas le había atravesado de parte a parte el pulmón derecho, cuando su rudo contrincante le aplicó un *O-soto-gri.*

Un *O-soto-gri* no es más que un refinamiento de la zancadilla común. Sin embargo, para ejecutarlo con eficacia se requieren cinco movimientos diversos y muy veloces con los brazos, piernas, pies y tronco, realizados en menos de una décima parte del tiempo que se necesita para leer esta frase. Solo con una práctica incesante se pueden alcanzar la velocidad y la coordinación necesaria para derribar de tal forma al rival.

Y Mike Ascari lo conseguía con mucha frecuencia.

Empezó a ser temido.

O más que temido, respetado y muy tenido en cuenta por todos los *judokas.* Y ello porque, además de su fulminante *Hane-Goshi* y *O-soto gri* que daban en el suelo con sus contrincantes, su *Sasaha-Tsurikomi-Ashi* resultaba imposible de evitar, cuando bloqueaba la pierna de sus oponentes.

Y además utilizaba mucho su llave de estrangulamiento, su doloroso *Shimevaza* cuando los dos sobre la lona, atrapado el rival y pegado a sus espaldas, imposibilitaba con las suyas sus piernas, a la par que pasado el brazo derecho sobre el cuello, le presionaba con el antebrazo hasta que le

rendía.

En cierta ocasión, en una magna reunión internacional de judo celebrada en San Francisco. Mike Ascari había tenido la habilidad de poder aplicar su *Shimevaza* sobre el cuello del australiano Denis Clark que desesperadamente se negaba a rendirse: los jueces tuvieron que intervenir oportunamente para que el *judoka* americano no aumentase el número de sus víctimas sobre la lona.

Denis Clark se salvó de milagro, gracias a la rápida aplicación de oxígeno en los mismos vestuarios. Cuando logró recuperarse sus declaraciones resultaron explosivas:

—Ese Mike Ascari es una mala bestia. ¡Siempre tira a matar!

El australiano se encontraba muy lejos de su país, estaban en Norteamérica donde Mike Ascari era poco menos que un ídolo y uno de los periodistas objetó:

—¿Por qué no hizo usted le señal de rendirse?

—¿Cómo? ¿No vieron que me tenía totalmente atenazado? ¡Esa mula no me dejaba ni pestañear!

De cualquier manera, aquello no hizo más que cotizar el nombre de Mike Ascari hasta las cumbres más altas del judo. En los últimos tiempos nadie más que él había hecho por la divulgación de este modalidad de lucha japonesa que, si bien procedía de Oriente, cada día se extendía más por Occidente y por el resto del mundo.

Concretamente en Nueva York, San Francisco, Chicago, Las Vegas, Miami y hasta el en mismo Hollywood, empezaron a proliferar los gimnasios, los *dojo*, o escuelas de judo, donde multitud de aspirantes pagaban buenos dólares para recibir las primeras lecciones en el antiguo arte japonés de la defensa personal.

Porque, en el fondo, el judo no viene a ser más que eso, *el principio del arte* de la defensa personal, tal como significa esa voz en japonés.

Se cree que el judo tuvo su origen, hace más de mil años, entre los monjes budistas, cuya existencia contemplativa era perturbada a menudo por la intrusión de bandas de ladrones. La religión prohibía a los monjes la agresión, pero no la defensa, que pronto adoptó la forma de una serie de técnicas elementales, pero temibles, para derribar a un adversario lanzándole por el aire o echándole la zancadilla.

Con el paso de los siglos, el arte se fue depurando y desarrollando mediante una serie de refinamientos que culminaron, en 1882, cuando un noble llamado Jigoro Kano reglamentó el enorme repertorio de «trucos» en un método que denominó judo.

Este arte de defensa personal es de suma utilidad en todas aquellas ocupaciones en las que existe riesgo de sufrir una agresión física. Los enfermeros de los hospitales para enfermos mentales pueden sujetar a los

pacientes violentos con enérgicas pero inofensivas llaves de «conducción». Y es frecuente que los policías utilicen un lanzamiento de judo para desarmar a los delincuentes.

Muchas mujeres aprenden judo para defenderse, dado que para el judo no hay límite de sexo o edad. Y notorio fue el caso de Kyuzo Mifune, uno de los más grandes *judokas* de todos los tiempos, que siguió practicándolo hasta que falleció a la edad de ochenta y un años.

Hay que tener en cuenta que en un *dojo* se ejercitan todos los músculos, no solo unos cuantos. Y también se aprende algo muy importante: a respirar bien y profundamente.

Pero, en opinión de todos los técnicos de judo, el más importante resultado del «arte de la suavidad» es el sentimiento de seguridad que se crea en quien lo practica.

El mismo Mike Ascari solía decir, en las numerosas entrevistas que le solicitaban:

—Cuando uno sabe que tiene el propio cuerpo adiestrado para enfrentarse a cualquier ataque oponiéndole un reflejo condicionado, siente nacer en sí un sentimiento de seguridad interior que se refleja en el resto de su vida cotidiana.

—Pues usted debe vivir muy seguro, amigo.

—Así es; gracias a esto, un muchacho llega a sentirse un hombre, y un hombre un rey.

¿Lo decía porque ya tenía toda una cadena de *dojos* extendidos por todo el país, e inclusive Europa? ¿Era simplemente autopropaganda, o de verdad lo sentía así?

A las insistentes preguntas del periodista, él añadía:

—La idea fundamental del judo es fácil de comprender, puesto que todas las maniobras se basan en el mismo principio: utilizar el peso del adversario y su impulso contra él mismo. Fíjese bien en lo que sucede, por ejemplo, cuando alguien trata de pegar un puñetazo. Todo su cuerpo se mueve hacia adelante. Si da en el contrincante, el impacto frena el golpe, pero puede provocar la caída de quien lo encaja; pero si se esquiva, con una inclinación o haciéndose a un lado, al no hallar nada que le detenga, el atacante perderá el equilibrio.

—¿Y eso es todo, señor Ascari? preguntaba el entrevistador, algo decepcionado.

—No, desde luego. Se precisa mucha práctica para saber aprovechar la fracción de segundo conveniente. Y también aplicar la técnica más conveniente en cada caso.

—¿Es eso lo que se enseña en el *dojo?*

—Naturalmente, pero con más amplitud y detalle.

—Entonces, la base de esa forma de lucha está en aprovechar la misma

fuerza del adversario... ¿cierto?

—Desde luego. Todos los lanzamientos del judo se basan en esas dos acciones: romper el equilibrio del adversario para después derribarlo.

—¿En qué cifraría usted la diferencia fundamental del judo en relación con otras formas de defensa propia?

—Lo fundamental es la «no resistencia». Como punto de partida, esto constituye ya un elemento de sorpresa, pues, por lo general, nadie espera al atacar que el contrincante se defienda cediendo. Sin embargo, tenga en cuenta que muchos traducen la palabra japonesa judo por «ceder».

—¿Es pues con la enseñanza de llaves para aprovechar la fuerza del adversario como se inicia el aprendizaje?

—No. Antes de intentar el más sencillo de los lanzamientos es necesario aprender a caer, pues si se hace correctamente se puede amortiguar hasta un noventa por ciento el impacto contra el suelo. Para ello es básico relajar completamente el cuerpo y también golpear fuertemente el pavimento con el brazo extendido y la palma de la mano, en el preciso momento en que desciende el resto del cuerpo.

—¿Y eso para qué?

Una sonrisa de Mike Ascari antes de responder:

—La superficie del impacto se amplía y el choque se amortigua.

—¿Y es fácil aprender eso?

—Depende de la persona. Ninguna es igual a otra y por __ esa razón hay quien aprende antes aun realizando menor esfuerzo, pero lo que sí ha de ser común a todos es el interés por entrenarse continuamente.

—Ya... ¿Puede decirnos cuál es el primer movimiento que se enseña en sus *dojos*?

—En los míos o en cualquier otro suele empezarse por el llamado *O-soto-gri.*

—¿En qué consiste?

—En poner la zancadilla con mucha rapidez y astucia.

Pero este lanzamiento exige mucha velocidad en brazos, piernas y tronco. El judoka tiene que moverse igual que si fuera un relámpago. Para que me comprenda mejor le diré que Arthur Rubinstein, por ejemplo, no cesa nunca de practicar ante el teclado. Por eso puede luego deleitar al público con su piano.

»Otro aspecto muy importante, y que ningún instructor se cansa de remarcar, es que debe aprenderse a mantener indefenso a un antagonista cuando se le ha derribado, ya que este no va a quedarse quieto o aplaudiendo.

—¿Se tarda mucho en ser un buen judoka?

Mike sonrió nuevamente.

—Le diré lo mismo que le indiqué antes. Todo depende de la persona,

de su interés, de sus facultades...

—Una persona normal, como me considero yo mismo, ¿puede conseguirlo en... digamos seis meses?

—Digamos que con cuatro clases semanales, durante seis meses, puede conseguirse el cinturón amarillo.

—¿Y para seguir adelantado?

Nueva sonrisa de Mike Ascari.

—A medida que aumenta el grado crecen también las dificultades para conseguirlo, y es preciso un mayor esfuerzo, más dedicación, entrega y sacrificio.

El periodista consultó una libreta de notas, para preguntar a continuación:

—¿Es el cinturón negro el máximo grado?

—Sí. Lo es, pero...

—Ya sé. Entonces hay que contar otros grados, que ustedes llaman «dan». ¿No es eso?

—Efectivamente. Y su número es de diez.

—¿Qué representa para un cinturón negro haber alcanzado el primer dan?

—Sencillamente, que a partir de ese momento uno ya está maduro para aprender de verdad lo que es el judo.

—¿Solo para aprender?

—Sí, porque entonces es cuando se sabe hasta qué punto se ignoran muchas cosas que son fundamentales.

—Entonces, usted, con sus diez dan... ¡Es todo un maestro!

—Creo que sí puedo considerarme así.

—¿El mejor del mundo?

—Hasta el momento no me ha vencido nadie. Tal vez eso baste para responder a su pregunta.

El periodista volvió a consultar su libreta, continuando luego con las preguntas.

—¿Puede decirnos cómo comenzó?

Ascari se encogió levemente de hombros.

—Sería muy largo de contar.

—Si es solo por eso no se preocupe. Tengo todo el tiempo que haga falta. Y sé que a los lectores les interesará lo que usted pueda decirles.

—En ese caso, si insiste...

—Insisto, señor Ascari.

—Bueno, pues yo empecé con mi hermano.

El periodista se mostró sorprendido y miró presuroso su libreta de notas.

—No sabía que tuviese un hermano.

—Ahora no lo tengo —aclaró Ascari—, pero lo tuve.

—¿Ha muerto?

—Sí. Murió hace varios años, en un accidente, al mismo tiempo que mi madre.

—¿Cómo? ¿Con su madre?

—Sí. Eso he dicho.

—Pero... ¿No era su madre la multimillonaria Rachel Lanford?

—No. Esa parte de mi biografía está equivocada.

Aparentemente desconcertado, el periodista rezongó: —Nunca dijo nada en contra... y tampoco habló de ese hermano que ahora dice haber tenido.

—Que tuve.

—¿Puedo preguntarle por qué no dijo nunca nada antes de ahora?

—Por cuestiones de familia. Eso forma parte de mi vida privada y tengo derecho a preservarla. Sin embargo, ahora puedo decirle que mi padre, al quedar viudo, se casó con Rachel Lanford en segundas nupcias.

—Pero, si no recuerdo mal, ella le presentó siempre como si fuera hijo suyo.

—Y desde que se casó con mi padre me trató como si lo fuese de verdad.

Ascari hizo una breve pausa y, tras mirar su reloj de pulsera, indicó a su entrevistador:

—¿No le parece que ya hemos hablado bastante de mi vida privada? A fin de cuentas usted es cronista deportivo, según creo, no uno de esas que trabajan para la prensa sentimental.

La aparente sugerencia era toda una orden y al periodista no se le escapó su significado.

—Está bien, señor Ascari —murmuró—, al tiempo que empuñaba su bolígrafo y aprestaba la libreta—. ¿Qué piensa hacer esta noche con Vasily Botvimik?

—¡Vencerle!

—¿Igual que cuando le arrebató el campeonato del mundo?

—No... igual. De un modo que será definitivo.

—¿Y estará la bolsa en juego?

—Sí, aunque no es el dinero lo que a mí me interesa.

—¿No? ¿Por qué lo hace entonces?

—Para que nadie dude que soy el mejor.

Y, dando por zanjada la entrevista, Mike Ascari se dispuso a demostrar al mundo que él era un auténtico campeón.

CAPÍTULO II

Vasily Botvimik hizo honor a la fama que había conseguido en mil situaciones como aquella, pero pronto se vio que el ruso no era capaz de superar a su rival, no solo más joven y elástico que él, sino también más rápido y contundente en sus lanzamientos.

Cuando Mike Ascari se agarraba a la solapa de su kimono, parecía que una zarpa de acero se aferraba, para tirar del ruso con todas sus fuerzas, a la par que, con el pie levantado puesto en su estómago, le hacía rodar con una proyección sobre la cadera, derribándole con un implacable y veloz *Hane-Goshi.*

Una y otra vez sucedía lo mismo, pese a los intentos de bloqueo de pierna de Vasily Botvimik, que no lograba acertar con su *Sasaha-Tsurikomi-Ashi,* gracias a la endiablada habilidad de Mike Ascari, que al final siempre lograba salirse con la suya.

Pese a su probada experiencia, el *ki al* del americano tronaba como un grito penetrante y agudo, consiguiendo paralizar, aunque fuese por una décima de segundo, al rival que atacaba.

Todos los presentes podían apreciar que Mike Ascari estaba dominando la pelea de punta a cabo. Sus fulminantes ataques, de una u otra forma terminaban en derribos, a veces simplemente aplicando un *O-soto-gri* que habría podido neutralizar un inexperto cinturón blanco.

¿Qué era lo que le estaba pasando aquella noche al ruso Vasili Botvimik?

Aunque enardecido, parte del público empezó a bramar:

—¡Tongo! ¡Tongo!

Una vez más, Vasily Botvimik se incorporó e inició la profunda reverencia debida ante su rival, antes de reanudar la lucha. Los jueces vigilaban que las normas estrictas del judo se mantuvieran en aquella singular lucha, con la única alteración previamente admitida de que no había más límite de tiempo que el acordado: la derrota total del oponente con su rendición.

Pero ninguno de los dos parecía ceder.

El judo es una forma moderna del *jiu-jitsu,* pero con la eliminación de las presas peligrosas, que antiguamente constituían el método general en el Japón. En el pasado no existieron las categorías clasificadas por el peso de los contendientes, aunque tanto en Europa y América se había ido imponiendo este criterio, a semejanza de otras modalidades de lucha y como en el boxeo.

Solo en este aspecto la ventaja parecía estar al lado del ruso: Vasily Botvimik pesaba noventa y tres kilos, contra los ochenta y dos de Mike Ascari.

Y, sin embargo, aquella mole de músculos era volteada una y otra vez con aparente suma facilidad, cada vez que el joven americano flexionaba como un relámpago su cintura y hacía pasar sobre sus hombros al gladiador ruso.

En una de estas ocasiones detuvo en la mitad su movimiento para pegarse a la espalda del rival y dejarse caer con él sobre el tapiz. Acto seguido, Mike Ascari aplicó su peligrosa llave de estrangulamiento y su fornido antebrazo empezó a presionar, sin ninguna piedad, el cuello de toro de su oponente.

Vasily Botvimik, entre sus inútiles forcejeos, empezó a dar muestras de que empezaba a faltarle la respiración. El aire no llegaba a sus pulmones, aunque nada en él indicó que se rendía.

Confusamente, a su oído le susurró una voz jadeante que le pedía:

—Ríndete, imbécil. ¿Quieres morir aquí?

Con la garganta aprisionada, tan solo le pudo replicar:

—Asesino... ¡Disfrutas con esto!

Vasily Botvimik había hablado en ruso, y al comprender que su odiado rival no le habría entendido se esforzó en decir en inglés:

—Excrement! (¡Mierda!).

Aquello enfureció más al americano, que se puso a presionar con más fuerza. El ruso se puso a patear nerviosamente como en sus últimos estertores y le salvó el grito del juez principal que anunció:

—*¡Ippon! ¡Ippon!* ¡Vencedor Mike Ascari, señores!

Soltando su presa y poniéndose en pie, tras saludar reglamentariamente Mike Ascari ni tan siquiera esperó a que terminasen las ovaciones que le tributaban: muy serio caminó a lo largo del *tatami* y desapareció por el pasillo hacia los vestuarios.

Cuando llegó al camerino individual que previamente había exigido antes de la pelea, le salió al paso su entrenador coreano Huo Park: era un hombre ligeramente bajo pero de anchas espaldas y extraordinario desarrollo muscular, con la cabeza totalmente afeitada y una amplia sonrisa en los labios al celebrar:

—¡Otra victoria más, Mike!

—¡Bah! Lo daba por descontado, Huo.

—¿Quieres ducharte ahora, o recibes a ese tipo?

—¿A quién te refieres? Si se trata de algún periodista...

—No: me refiero al señor Banto. A ese detective que contrataste. Quería esperarte aquí, pero le dije que lo hiciese en el bar. ¿Le aviso?

—No... Dile que le recibiré en el «Walfo». Estaré en el hotel dentro de

dos horas.

Se volvió hacia el fiel coreano al añadir:

—Y cierra con llave: no quiero que nadie me moleste mientras me ducho.

Un instante después, con deleite, el hercúleo y musculoso Mike Ascari dejaba resbalar el agua fría por su hermoso cuerpo de Titán.

* * *

Peter Banto presumía de miope, pero nadie más que él sabía que para nada necesitaba las gafas que llevaba montadas sobre su nariz judía. También muy pocos sabían que, a sus cuarenta y siete años, en vez de teñirse las pocas canas naturales él se las aumentaba por el mismo procedimiento, en su afán de aparentar más años de los que en realidad tenía.

Todo eso, el mascar chicle y el vestir trajes bastante usados, le daban una apariencia que el astuto Peter Banto deseaba presentar ante sus clientes, sobre todo cuando se trataba de jóvenes tan soberbios y asquerosamente ricos como aquel Mike Ascari, para más señas personales flamante campeón del mundo de judo, de su categoría.

Porque vamos a ver: ¿para qué tenía que saber aquel futuro heredero de la fortuna de madame Lanford que él ganaba más de medio millón de dólares al año? ¿Acaso le pagaría más por sus investigaciones, si le confesaba que en su oficina de San Francisco disponía de tres hermosas y jóvenes secretarias y más de cincuenta empleados?

¿Qué le importaba saber a Mike Ascari que él, detective privado desde hacía más de veinte años, venía resolviendo el noventa por ciento de los casos que le encargaban?

Lo que importaba era su efectividad y basta. Nada de autopropaganda ni de presumir: los resultados eran los que contaban.

Y en aquella ocasión, como en tantas otras, Peter Banto ya tenía el hilo del ovillo que aquel joven famoso le había encargado desenredar.

Mientras el coreano Huo-Park preparaba los refrescos en una de las elegantes y lujosas suites del Waldorf Astoria, fingiendo una tosecilla que no necesitaba, el detective privado carraspeó al decir:

—¿Quiere que empecemos, señor Ascari?

—Cuando usted quiera, Peter; pero nada más de peticiones de dinero, por lo menos sin resultados positivos.

—¡Es que traigo resultados positivos, señor Ascari!

—¿De qué calibre?

—De un calibre justo para su escopeta, señor Ascari.

—Pues dispare.

Mike Ascari al instante se rectificó a él mismo, hizo un gesto con la

mano libre del vaso y mirando a su entrenador le pidió:

—Por favor, Huo. ¿Quieres dejarnos solos?

—Como gustes, Mike; bajaré a comprar algunas revistas.

Cuando la puerta se cerró tras el coreano, Mike se sentó ante el detective contratado y animó:

—Adelante, Banto. ¿Qué ha averiguado?

—Que Yal Niven es la misma persona que Jim Ascari.

—Mi hermano...

—Así es, señor Ascari.

—Bueno; no sé por qué me sorprende, cuando eso ya lo sospechaba yo.

—¿Lo sospechaba usted, señor Ascari? —quiso confirmar Peter Banto —. ¿No me dijo que hacía muchos años que nada sabían de su hermano?

—Y es cierto... Tantos, que mi padre y yo le creíamos muerto.

—Pues no lo está.

—Lo sé... Hace poco me escribió esta carta.

Mike Ascari extendía un sobre a su interlocutor y el detective privado entendió que debía leer aquella carta. Cuando la sacó del sobre más que carta pudo leer estos breves renglones:

«Necesito mil dólares, Mike: mamá está muy mal y precisa cuidados. Por ahora las cosas me van mal: ya te los devolveré así que pueda. Envíalos a lista de Correos de San Francisco, a nombre de Yal Niven.

»*Jim*».

—¿Y usted se los envió, señor Ascari?

—Sí; inmediatamente reconocí la letra de mi hermano.

—Y es cuando usted me encargó que averiguase quién era ese tal Yal Niven. ¿No fue así?

—Quise comprobarlo fijamente, nada más.

—Bien: pues ahora ya sabe que Yal Niven, o su hermano Jim Ascari, vive muy cerca de San Francisco; concretamente en Berkeley, donde tiene una tienda de artículos de deporte en Buttle Astreet, número siete.

—Gracias, señor Banto.

—Gracias a usted; es mi trabajo.

—Quiero otra Cosa más.

—Usted dirá, señor Ascari.

—¿Con quién vive mi hermano?

—Con dos mujeres y un hermoso perro, pastor alemán.

—Hábleme de ellas. ¿Qué sabe al respecto?

—Bueno: una se llama Ruth Evans, parece ser la madre de Yal Niven, tiene unos cuarenta y cinco años, es rubia, ha debido ser bastante bella y utiliza una silla de ruedas.

—¿Es... es paralítica?

—Eso parece, señor Ascari.

—¿Y la otra? ¿Acaso se ha casado Jim?

—No... Su hermano, o Yal Niven, no está casado. Pero la joven Beatrice Mann vive con ellos: quiero decir en la misma casa.

—Dígame, señor Banto. ¿Podría proporcionarme unas fotografías de los tres?

—Por supuesto, señor Ascari. Aunque eso...

—¡Lo sé! Lo sé... Ya le pagaré cuando nos encontremos en San Francisco. Aquí tiene mis señas.

—¿Va usted a viajar desde Nueva York hasta allí, señor Ascari?

—Vivo allí, señor Banto. Concretamente en Drakes Bay.

—Lo sé, lo sé... Pero creí que...

—Siga; adelante.

—Bueno, yo... He creído oír que usted... usted y su padre no se llevan muy bien y que...

—Tengo que viajar con frecuencia, por las cosas de judo y los muchos gimnasios que regento; pero mi casa sigue estando allí. Y en cuanto a todos esos chismes, le diré que son cosas de los periodistas.

—No quisiera haberle molestado, señor Ascari. Pero...

—¿Algo más, señor Banto?

—No quisiera que me considerase un entrometido, pero... ¿No murió su madre hace muchos años?

—Así fue: en un accidente.

—Entonces...

—Termine de una vez, Banto. Tengo otras muchas cosas que hacer.

—Bueno, yo... yo... Si su madre murió hace años, la señora de la silla de ruedas que vive con ese Yal Niven, o su hermano Jim... ¡No puede ser su madre!

Dando la entrevista por terminada, Mike Ascari se levantó al decir:

—Precisamente eso es lo que hay que averiguar, señor Banto.

El detective privado también se levantó asegurando:

—Tendrá esas fotografías cuando llegue a San Francisco, señor Ascari.

—Procure ser discreto.

—Descuide: ellos no se enterarán. Dispongo de buenos colaboradores y podrán ser tomadas con un objetivo para larga distancia.

La mano de Peter Banto quedó inútilmente extendida ante el hombre que le había contratado, por lo que decidió caminar hacia la salida de la lujosa habitación del hotel.

Con aquel desaire, el orgulloso Mike Ascari le demostraba que él estaba a muchas atmósferas de un simple detective privado.

Bueno: eso le importaba un rábano.

Se vengaría poniendo un cero más a la cuenta.

CAPÍTULO III

Mike Ascari estaba en uno de sus entrenamientos, cuando el encargado del gimnasio se acercó al tapiz. El viejo Tokaydo vio cómo el coreano Huo-Park volteaba al joven dueño de aquel *dojo* que él regentaba y sonrió feliz.

Secretamente le encantaba ver rodar por el suelo a todo un campeón.

En el fondo, odiaba al soberbio y orgulloso Mike Ascari.

Aunque a él le pagase bien.

Pero su voz sonó amable al anunciar, en uno de los intervalos del entrenamiento:

—Señor Ascari, un hombre pregunta por usted.

—Que espere.; Estoy entrenando!

—Dijo que se llama Banto, señor... Peter Banto.

El anuncio de aquel nombre hizo variar de opinión al joven *judoka,* ya que empezó a despojarse del kimono y anunció a su entrenador:

—Por hoy ya basta, Huo.

—Como gustes, Mike: pasaré a entrenar a los novatos.

Olvidando la ducha, Mike Ascari pasó al despacho del gimnasio, donde, antes de entrar vio a través de la cristalera al detective privado, Peter Banto. Este le recibió con amable sonrisa, pero recordando su despedida en Nueva York se libró muy bien de extender su mano. Tan solo se limitó a ofrecer, abriendo la cartera de mano que traía:

—Aquí tiene las tres fotografías, señor Ascari.

El dueño del local se puso a examinar las tres cartulinas fijamente, mientras vagamente oía que le indicaba:

—Han sido ampliadas varias veces, desde luego: así podrá observar mejor sus rostros.

Mike Ascari fijó la atención en la foto de la mujer de más edad. Y si sintió algo, nada se reflejó en su rostro ni en su seria actitud.

Hacía más de doce años que no veía el rostro de aquella mujer, ahora prematuramente avejentado.

¿Por los sufrimientos? ¿Por todo lo que había ocurrido hacía tanto tiempo?

Desechó la fotografía de la mujer más joven, aunque no sin apreciar su radiante belleza y mirar simpático, en sus grandes ojos reidores y en el gracioso mohín de sus labios, eminentemente sensuales.

Su atención quedó nuevamente centrada en la del joven, escuchando la voz de Peter Banto, que nuevamente pretendía aclarar:

—Ese dice llamarse Yal Niven, señor Ascari...

Mike Ascari nada comentó.

Estaba fijándose en que su hermano Jim había cambiado poco. Indiscutiblemente se había hecho más recio, más fuerte de cómo él le recordaba, más masculino y, desde luego, con cerca de doce años más encima.

El tiempo no pasaba en balde; ahora Jim debía tener su misma edad.

Eran gemelos: exactamente con una hora más él, Mike.

De no ser por el poblado bigote que Jim se había dejado crecer, el mismo Peter Banto no habría dejado de notar el parecido; prácticamente, eran iguales. De niños, en el colegio todo el mundo los confundía.

Pero había llovido mucho desde aquello.

Y también habían pasado muchas cosas.

No pocas de ellas, desagradables: cosas que ahora, nadie debía saber ni averiguar.

—Están bien tomadas, ¿verdad, señor Ascari?

No sabía por qué, la voz de aquel maduro y astuto detective privado le molestaba. Le sonaba a «complicidad»: como si al haber sacado aquellas fotografías por encargo de él, quisiera hacerle notar que los dos tenían algún secreto que compartir.

Por eso le dijo secamente:

—No sé: no entiendo de fotografías, señor Banto.

—Lo digo, teniendo en cuenta que han sido tomadas a distancia y sin que ninguno de los tres se enterasen, señor Ascari.

—Bien... ¿Cuánto le debo, Banto?

—Pues...

El detective privado no terminó de fijar sus aspiraciones, al ponerse a indicar, tomando la fotografía ampliada del hombre:

—¿Se ha fijado bien, señor Ascari?

—¿En qué debo fijarme?

—En el «extraño» parecido de este joven con usted... Yo diría que afeitándose ese bigote...

Tuvo que interrumpirse: el hercúleo y musculado Mike Ascari nuevamente había adoptado su actitud olímpica y le atajó:

—Ya le llevarán un cheque a su despacho, señor Banto.

—Pero es que yo, quería decirle que...

—Estaba entrenando. ¡Me ha interrumpido usted!

—No se enfade, señor Ascari. Solo quería que supiera que yo...

—Quedamos en eso. ¡Buenos días!

—¿No desea que averigüe más sobre esa «familia» y...

—¡No! Sus averiguaciones han terminado.

Peter Banto inclinó levemente la cabeza, reculó hacia la puerta y salió

de allí.

Pero al poner en marcha su viejo Chevrolet musitó para sí:

—¡Eso te lo has creído tú, gigantón! Me huelo algo muy «sustancioso» en todo esto y no lo dejaré así como así.

* * *

Mike Ascari enfiló la autopista que le conduciría a la regia mansión que, durante generaciones, los ricos e influyentes Lanford habían habitado en Drakes Bay, en la primera línea de residencias y edificaciones a lo largo de la soleada playa frente al gran océano.

A Mike le encantaba aquella casa, con más de treinta habitaciones y amplios salones lujosamente adornados, en donde abundaban los tapices persas de incalculable valor y un mobiliario exquisitamente elegido, hasta el punto de convertir aquella residencia en un palacio.

Sí; en un auténtico palacio, con puerto deportivo particular, playa acotada de rubias y limpias arenas, alto y amplio pórtico de columnas dóricas de mármol blanco, cuidados jardines, cuadras para los caballos y allá al fondo, antes de que el terreno ascendiera a la colina, piscina, campo de tenis y un pabellón para los doce criados y sus familias.

¿Qué más se podía pedir?

Se podía pedir algo que Mike Ascari sabía que no se podía conseguir con los millones heredados por su padre, a raíz de la muerte de su segunda esposa Rachel Lanford: que todo aquello cobrase vida y la animación que había tenido en otros tiempos, cuando lo mejor de la alta sociedad californiana visitaba a los Lanford en sus espléndidas y alegres fiestas que periódicamente se habían celebrado allí.

Se podía pedir que todo aquel lujo y refinamiento sirviera para algo más que para ocultar la vida de monje que llevaba su padre, siempre encerrado tras aquellas paredes, sin ninguna clase de vida social, siempre consumido en unos negros y amargos recuerdos, que habían hecho del antes alegre, despilfarrador y siempre optimista Bruno Ascari en un amargado.

Se podía pedir que, a sus sesenta años, Bruno Ascari no renunciase al mundo.

¿Para qué diablos quería la gran fortuna que había heredado de su segunda esposa? ¿Solo para seguir coleccionando costosos cuadros de pintores famosos, finas porcelanas chinas, objetos de arte y aumentar su fabulosa colección de sellos, valorada en muchos millones de dólares?

¡Qué tontería! La vida era mucho más que eso.

Contrariamente a la melancólica misantropía en la que su padre había caído hacía cerca de doce años, al joven y voluntarioso Mike le gustaba sentir en torno suyo todas las más excitantes palpitaciones del mundo. Le encantaba sentirse rodeado de la gente, codearse con los poderosos, los más

ricos e influyentes. Asistir a las grandes fiestas de la alta sociedad, sentirse halagado, famoso, envidiado y, a ser posible, que la prensa y las revistas del gran mundo se ocupasen de él, de Mike Ascari, el flamante campeón mundial de judo de los pesos máximos.

Pero todos sus intentos para arrancar a su padre de aquella triste y voluntaria soledad, habían fracasado. Bruno Ascari se empeñaba en apartarse de la gente; rehuía a todo el mundo exceptuando a los fieles y bien pagados criados que le servían, como si odiase al resto del género humano.

Alto, atlético, pero casi huesudo aunque conservando todo su vigor a los sesenta cumplidos, con todos sus cabellos plateados y su constante carácter seco y avinagrado, el dueño de aquella regia mansión se limitaba a gruñir a su hijo, cuando intentaba interesarle en algo:

—¡Déjame en paz. Mike! Que cada uno haga su vida.

—Pero tú no vives, padre. ¡Simplemente vegetas!

—Será porque, para mí, la vida es un largo proceso de cansancio, cada vez mayor.

—Antes no eras así. Yo recuerdo que...

—¡Calla! —le atajaba siempre—. ¡Te lo ordeno, Mike! No me gusta recordar.

—Pero «aquello» pasó hace muchos años, padre. Deberías olvidar y...

—¡Silencio! Te he dicho que me dejes solo.

Era preciso obedecer, porque el irascible Bruno Ascari tenía un genio de mil demonios y además porque, si se le contradecía, sus posteriores resoluciones resultaban drásticas, sin apelación posible: se lo tenía bien advertido a su hijo:

—Cada vez que me contradigas, te acortaré más y más la asignación. ¡No se hable más!

Y lo cumplía a rajatabla.

Había llegado el momento en el que el ostentoso Mike tenía que vivir de lo que le dejaban sus gimnasios. Como si se tratase de un colegial o un simple estudiante, a los veintisiete cumplidos su multimillonario padre le asignaba solamente mil dólares al mes.

Una miseria, para la vida que a él le apetecía.

Solamente para asistir a los *shiai*, o sea, a los encuentros oficiales celebrados periódicamente para determinar por la Federación los progresos realizados por los *judokas*, Mike Ascari se tenía que gastar en los viajes diez veces esa cantidad.

¿Era eso lógico, con un padre tan rico?

Pero el austero y férreo Bruno Ascari le objetaba, inflexible:

—Tú lo has querido. Has elegido ese caro deporte para que el mundo jalee tu nombre. ¡Por pura vanidad y presunción!

—¡Soy tu hijo! Lo único que tienes en el mundo.

La respuesta resultaba insultante, categórica:

—Y aun tú me sobras, Mike.

—¿Reniegas de mí?

—¡Sí...! Debiste hacer lo que tu hermano Jim.

—Eso... ¡Eso es lo que te amarga, padre!

—Al menos, él fue más digno que tú.

—¡Jim te odia! Por eso nunca más hemos vuelto a saber de él.

—Tú también me odias, Mike... Pero te quedaste conmigo por puro egoísmo. Para convertirte en mi único heredero.

—Algún día lo seré, mal que te pese.

—¡O no...! Puedo testar para alguna sociedad benéfica.

—¿Serías capaz?

—Sabes muy bien que sí, Mike.

En su desengañada desesperación, también dejándose arrastrar por su fuerte temperamento, Mike respondía con ironía dañina:

—Resultaría gracioso, padre: un hombre como tú... ¡Dejando su fortuna para la beneficencia!

—¿Qué quieres recordarme con eso, hijo?

—Lo sabes muy bien.

—¡Calla, deslenguado! Tú sí que te has convertido en un asesino. ¡Ya has matado a dos hombres!

—Ha sido luchando. ¡Peleando noblemente con ellos sobre el tapiz!

—¿Has dicho «noblemente», Mike?

—Nadie pudo demostrar que hice nada incorrecto.

—Pero yo te conozco bien, hijo. ¡Sé que disfrutas con eso!

—Es posible; pero en todo caso, será lo que he heredado de ti.

—¡Fuera! ¡Largo de mi casa! Márchate a uno de tus condonados viajes... ¡Y a ver cuándo dejas de venir por aquí!

—Todo esto me pertenece tanto como a ti.

—¡Te equivocas. Mike! Lo heredé de mi segunda esposa, que ni tan siquiera fue tu madre.

—¿Y qué hiciste con la primera, eh? Esa sí que era mi madre.

—¿Cerrarás la boca, maldito? ¡Puedo ordenar que te saquen a patadas de aquí!

—No te atreverás a tanto, padre... ¡Puedo hacer despertar a tus negros «fantasmas» del pasado!

—¿Me amenazas, perro? ¡Tú fuiste mi cómplice!

—Eso nunca lo podrás demostrar, padre.

Las pocas oportunidades que su padre le daba para hablar a solas terminaban, más o menos, así. Separándose cada vez más y haciendo cada vez más imposible toda comunicación cordial.

Odiándose, en secreto por lo menos ante los demás, que no obstante no dejaban de advertir que aquel padre y su hijo no se entendían.

Pero Mike Ascari volvía periódicamente por allí. Se empeñaba en llamar a la regia residencia de Drakes Bay «su casa».

No quería perder nada de todo aquello.

Algún día sería todo suyo...

CAPÍTULO IV

Al bajar del coche, Mike Ascari no dejó de fijarse en el soberbio Rolls-Royce que había en el amplio garaje, junto a los otros vehículos alineados. Le constaba que llevaban años allí, porque su padre no salía para nada fuera del amplio perímetro de la finca.

Bruno Ascari ni tan siquiera bajaba a la cercana ciudad de San Francisco.

Todo su mundo se encerraba allí.

U no de los criados se acercó presuroso:

—Buenos días, señorito Mike. Si me permite yo le aparcaré.

—Hazlo. Deam: y de paso lo limpias un poco.

—Le felicito por la nueva victoria, señorito Mike.

—Gracias, Deam: ¿ya llegó la noticia aquí?

—La tele dio el combate por diferido. ¡Le dio una buena zurra al ruso!

—¿Sabes si lo vio mi padre?

—Me temo que no, señorito. Sabe que el señor Ascari nunca mira la tele.

—¡Ya! Siempre con su manía de los sellos.

—Ahora le han traído unos ejemplares muy raros de Siam.

—Estará contento.

El prudente Deam nada comentó: no se atrevía a manifestar que el señor Ascari jamás se mostraba feliz y contento. El llevaba varios años empleado allí, al cuidado del garaje, y jamás le había visto reír.

Ni tan siquiera sonreír levemente.

El mayordomo, tan imponente y pulcramente vestido como siempre, también le recibió cordial, pero no se interesó por sus triunfos deportivos ramo el simpático Deam, posiblemente porque aquel hombre era el más próximo al dueño de la casa y sabía cómo estaban las cosas entre padre e hijo. E interesarse por las victorias conseguidas por Mike habría sido como «traicionar» al señor Ascari.

Dónde está. Robert?

—En la biblioteca, señorito Mike.

—Gracias.

—Perdón, pero...

—¿Qué pasa. Robert?

—Yo que usted no le molestaría. Ya sabe que...

—No te preocupes: no le diré que me lo indicaste tú.

Bruno Ascari no levantó la canosa cabeza, cuando sintió el ruido de la

puerta. Ni tan siquiera lo hizo al percibir los amortiguados pasos sobre la mullida alfombra. Pero sí movió los labios para decir con cierto sarcasmo:

—Esta vez no lo conseguiste, Mike.

El joven *judoka* debió adivinar, puesto que admitió:

—No, padre: ese imbécil de ruso no se rendía, pero intervinieron los jueces y me dieron vencedor.

—Por suerte para él.

—Sí, padre... Para su suerte.

—Y para ti. Otra muerte más, y te retirarán la licencia.

—¿Te alegrarías?

—Me tiene sin cuidado... ¿Qué quieres?

—¿Podemos hablar?

—¡No! Estoy ocupado.

—Puede que te interese lo que traigo.

—De no ser buenos sellos, no.

Bruno Ascari al fin levantó la vista del álbum, se dignó mirar a su hijo y cínicamente añadió:

—Pero claro... Tú nunca tendrías una gentileza así para conmigo.

—Son tres fotografías, padre.

—¿Tuyas, luciendo tus músculos?

—No... De Jim y nuestra madre.

Al oír aquello, como movido por un resorte, Bruno Ascari se levantó con prontitud y arrojó sobre la mesa la lupa que sostenía en una de sus manos. La otra ascendió hacia sus cabellos blancos y sintió la necesidad de pretender peinarlos con sus dedos nerviosos al pedir con sequedad:

—Repite eso. Mike.

—Ahí las tienes... ¡Seguro que los reconoces!

Las tres cartulinas satinadas resbalaron levemente sobre la superficie de la amplia mesa y el hombre maduro bajó las pupilas hacia ellas. Los ojos de Bruno Ascari se dilataron y su entrecejo se frunció con perplejidad y asombro a la vez, mientras sus labios empezaron a balbucear:

—¿Son... son de... de ahora, Mike?

—¿No lo ves? Madre está muy avejentada y Jim hecho todo un hombre.

—¿Y quién... quién es esta otra mujer joven?

—Se llama Beatrice Mann y vive con ellos. No sé sí como criada, como novia de Jim, o como su mujer.

—¿Quién te ha proporcionado estas fotografías?

—Eso no importa, padre.

—Entonces... ¡Viven!

—Sí, padre... ¡Los dos!

El prolongado silencio del dueño de la Casa le hizo insistir al joven:

—Ella también, padre.

—¿Estás... estás seguro, Mike?

—Tengo sus señas: podremos comprobarlo.

Con una viveza inhabitual en él, siempre tranquilo y reposado, Bruno Ascari salió de detrás de la mesa y avanzó hacia su hijo al objetar:

—No, Mike... ¡Tú no harás nada! Si ellos quieren seguir viviendo sin saber nada de nosotros, como han demostrado en todos estos años, mejor será que las cosas sigan así.

—Es que, lo malo, es que no seguirán así.

—¿Cómo? ¿Por qué dices eso, Mike?

La respuesta fue muda, pero elocuente. El joven dejó un sobre encima de la mesa junto a las fotografías y solo entonces indicó:

—Lee y lo verás.

Bruno Ascari sacó la cuartilla del sobre y pudo leer:

«Necesito cien mil dólares, Mike: mamá está muy mal y precisa cuidados. Por ahora las cosas me van mal, ya te los devolveré cuando pueda. Envíalos a lista de Correos de San Francisco, a nombre de Yal Niven.

»Jim».

Antes de terminar, la voz del joven quiso confirmar:

—¿Reconoces la letra de Jim, padre?

—Sí... Es la suya.

—Pues ya ves cómo están las cosas. ¡Ya empiezan a pedirnos dinero!

—¿Quieres... quieres decir que intentan el chantaje, Mike?

—Así lo interpreto.

—Pero tu hermano dice que te devolverá ese dinero.

—Lo dice, pero... Si las cosas le van mal, no se devuelven así como así cien mil dólares. ¿Comprendes?

—¿Le mandaste el dinero?

Mike pareció dudar, pero al fin afirmó:

—No disponía de esa cantidad; pero al tratarse de Jim, de lo que adiviné en su nota... Pedí algo prestado y se lo mandé.

—Por eso no te preocupes, Mike. Te firmaré un cheque por esa cantidad.

—Te lo agradeceré, padre.

—No se trata de que me agradezcas nada. Que tú y yo nos llevemos como el perro y el gato... desde entonces, no quiere decir que no debamos afrontar juntos estos problemas.

—Problema lo es, padre. ¡Ellos pueden hablar! Con sus declaraciones todo se removería y...

—Calla, calla, por favor: todo eso me ha estado atormentando durante todos estos años y...

Incisivo, el joven lanzó su estocada al apuntar:

—¿Te alegras que ella esté viva, padre?

Por su parte, Bruno Ascari se tomó tiempo antes de musitar, bajando la canosa cabeza y clavando la mirada en los dibujos de la alfombra:

—No lo sé, Mike... Debería decirte que sí y eso calmaría, en parte, mi conciencia. Pero a la vez, el hecho concreto de que vuestra madre esté viva nos remite a todo lo que pasó.

—Y es un peligro, padre.

—No, Mike: no lo creo. Te repito que si han estado todos estos años sin hablar, no pensarán hacerlo ahora.

—¡O sí! Esa petición de dinero por parte de Jim me huele mal.

—¿Quién te dio esas fotografías y la información?

—¿Y eso qué importa?

—¡A mí mucho! Quiero hablar con tu hermano. Me acabas de decir que también te han proporcionado sus señas.

—Cálmate, padre.

—¿Me las vas a dar? ¿O tendré que encargar por mí parte la investigación, basándome en el nombre de Yal Niven y la lista de Correos de San Francisco?

—Está bien: te daré las señas de mi hermano. Pero no ahora.

—¿Por qué no?

—Debemos, pensar, padre: y hacerlo muy seriamente.

—¡Por mí parte ya está pensado! Debo reconciliarme... al menos con tu hermano.

—¿Y si Jim no se atiene a razones?

—Se atendrá. Todos esos años nos han estado demostrando que nada quieren hacer ni contra mí... ni contra ti, Mike.

Bruno Ascari se puso a pasear nerviosamente por la amplia biblioteca y, cruzadas las manos a la espalda, prosiguió:

—Ellos han podido localizarnos, en cualquier momento, y no lo hicieron. Si tu hermano Jim la ayudó a salvarse, sabían muy bien dónde nos dejaron y se limitaron a desaparecer. ¡Doce años sin saber nada de ellos!

Nueva pausa, antes de añadir siguiendo el curso de sus pensamientos:

—¡Doce años, Mike!

—Sí, padre: es mucho tiempo.

—Por fuerza debieron enterarse de mi boda con Rachel Lanford. ¡Y tampoco intervinieron!

—Bueno, es que, al menos «oficialmente», nuestra madre estaba muerta.

—Ella y Jim pudieron demostrar que no era así.

—¿Por qué no lo hicieron?

Quedando plantado ante su hijo, Bruno Ascari con su habitual crudeza manifestó:

—Me temo que por algo que tú y yo desconocemos, Mike. ¡Por piedad hacia nosotros!

—¿Tú crees?

—Sí, hijo, sí... Perdonar a nuestros enemigos es una virtud muy grande que hoy en día no se practica con frecuencia.

—Pero ahora... ¿Por qué al fin Jim acudió a mí?

—Es muy posible que tu madre esté enferma y necesiten el dinero que les enviaste.

—Pura mentira, padre. Ya verás cómo volverá a pedir más.

—¡Se lo daré!

—¿Hablas en serio?

—¡Totalmente! Lo mínimo que les podemos ofrecer es nuestra ayuda económica.

—¿Y por qué no les invitas a vivir aquí? Resultaría muy divertido volver a vivir otra vez los cuatro bien juntitos.

—Sin ironías, Mike.

—¿Sabes lo que eso representaría?

—No tan complicado: más de una vez se ha dado a una persona por muerta y luego se demostró que no era así.

—Pero tú y yo identificamos aquel cadáver de mujer.

—Pudo ser por error.

—Sí: un «error» que al fin se aclara, después de doce años.

—Eso no sería inconveniente.

—¿Y ellos dos qué dirían? ¿Qué han estado padeciendo amnesia todo ese tiempo? ¿Por qué no se presentaron a declarar toda la verdad? ¿Por qué todos esos años sin querer saber nada de nosotros? ¿Es normal que una mujer admita que su marido vuelva a casarse con otra, porque le interesó mucho dar por muerta a su primera esposa? ¿Qué razón podía tener para aceptar una cosa así? ¿Vas a decir que sobornaste a mí madre, y que ignorábamos por qué mi hermano, tu otro hijo, nos abandonó? ¿Quién podría tragarse toda esa sarta de mentiras?

Bruno Ascari siguió paseando como abrumado, aprovechando el joven Mike para seguir con sus argumentaciones:

—Todo eso resultaría ridículo, padre... ¡Y peligroso para ti!

—¿Qué pretendes, Mike?

—Que veas las cosas tal y como son. Tal y como están. Venir ahora con tardíos arrepentimientos y con remordimientos de conciencia, resulta ridículo.

—¡Pues los tengo! Sabes muy bien que todo eso amargó mi vida.

—¿Y la quieres hundir más?

—Solo quiero ponerme de acuerdo con tu hermano.

—Y Jim nos exprimirá.

—¿Es eso lo que temes, Mike?

—Los dos te tendrán en sus manos.

—¡Y dale! Te vuelvo a repetir que han demostrado que no han querido declarar contra nosotros.

—Lo que pasa es que han sabido esperar su tiempo.

—Entonces, ¿qué propones?

—Te lo he dicho, padre. ¡Esperar! Pensar las cosas bien, analizarlo todo, y pesar los pros y los contras. Y pensar que si ella y mi hermano Jim vuelven a intervenir en nuestras vidas, de una manera u otra... ¡A la larga podría resultarnos catastrófico!

—Me arriesgaré, Mike. Todo, antes que seguir así. ¡No puedo más!

—Vamos, padre: siempre fuiste un hombre animoso y fuerte.

—Lo fui. Pero... ¿no ves cuál es mi vida ahora? Y si ahora ella vive, quiere decir que yo... ¡que yo no la maté!

—Con la intención basta, padre.

—No, Mike, no. ¡No es lo mismo!

Volvió a quedar ante el joven alto y musculoso y, por primera vez en su vida, le suplicó:

—Dame sus señas, hijo, por favor.

—Te las daré, padre... Pero mañana.

Y dando media vuelta, Mike salió de la biblioteca.

Bruno Ascari volvió a su mesa y allí con las manos en la cara no pudo evitar que unas lágrimas rebeldes, tras descender por sus mejillas, humedecieran unos sellos preciosos de Siam.

¿Pero qué le importaba ahora su valiosa colección de sellos?

¿Sería posible que volviese a él la tranquilidad tan ansiada?

CAPÍTULO V

El teléfono sonó cuando Peter Banto se disponía a salir del despacho. El detective privado había estado esperando hasta última hora una llamada y esperanzado pensó que podía ser aquella.

Pero una voz con ligero acento extranjero indagó:

¿El señor Banto?

—En persona. Dígame.

—Si espera veinte minutos ahí, le llevaré un cheque.

—¿Quién es usted, por favor? ¿Llama de parte del señor Ascari?

—¿Le interesa el cheque, o no?

—Por supuesto que me interesa cobrar por mí trabajo, pero...

—No tardo más de veinte minutos, señor Banto.

El «click» del auricular le indicó al detective privado que su misterioso comunicante había colgado. Frunció el ceño, también colgó, pero se dispuso a esperar.

Esperaba que el cheque firmado por Mike Ascari fuese lo suficientemente sustancioso. Tratándose de un joven tan rico, orgulloso y altivo, era normal que se mostrase dadivoso.

Peter Banto sonrió y se puso a fumar.

Casi exactamente veinte minutos después, el timbre de la puerta de la oficina le anunció que la visita anunciada estaba allí. Peter Banto tuvo que ir personalmente a abrir, porque a tales horas no quedaba ninguno de sus empleados allí.

Nada más abrir la puerta se encontró con un individuo ligeramente bajo, pero de anchas espaldas y al parecer muy robusto. Por un instante tuvo la sensación de haber visto a aquel hombre que le preguntó clavando sus ojillos orientales en él:

—¿Peter Banto?

—El mismo.

El individuo sacó un cheque de uno de los bolsillos de su chaqueta, pero antes de entregárselo lo dejó caer. Por instinto, Peter Banto empezó a inclinarse para recoger al vuelo el papel, pero entonces fue cuando recibió un terrible golpe en el cuello, propinado con el duro canto de la mano de su agresor.

Un diestro golpe de kárate que le fulminó.

Seguro de la mortal eficacia de su golpe, aquel individuo también se inclinó, recobró el cheque y, al incorporarse, ya arrastraba el cuerpo de Peter Banto hacia la escalera. Cuando llegó al final del rellano empujó a su

víctima y, seguidamente, él se puso a descender por los peldaños.

Al rebasar el cuerpo tendido, ni tan siquiera se inclinó para comprobar que el maduro detective privado tenía el cuello roto, machacadas sus vértebras cervicales.

Lo daba por seguro.

El asesino ganó la calle y al poco se alejaba en su vehículo.

* * *

Beatrice Mann consiguió despegarse de los brazos masculinos y, tras esponjar sus cabellos rubios hacia atrás preguntó, feliz y risueña:

—¿Me quieres, Yal?

—¡Te adoro! ¿Vuelvo a demostrártelo?

—No seas loco: tenemos que levantarnos.

Ella se incorporó del revuelto lecho y caminó, totalmente desnuda, en busca del cuarto de baño. El hombre, clavó su mirada golosa en aquel hermoso cuerpo ardiente y fogoso que le pertenecía por entero.

Hacía pocos minutos que Beatrice se lo había demostrado. Deseó ardientemente seguir reteniéndola allí; pero consciente de que ella debía volver a su habitación protestó: —Me estoy cansando de este juego estúpido, Beatrice: mi madre sabe de sobras que pasas las noches aquí.

—Lo sabe, pero no dice nada: es una mujer muy prudente. —¡Espérame! Voy a ducharme contigo.

—¡No, no! Te conozco y se está haciendo tarde.

Y antes de cerrar la puerta del baño volvió a recordarle: —Tengo que preparar el desayuno, ayudar a vestir a tu madre y abrir la tienda.

El joven se resignó, pero con las manos cruzadas bajo la nuca se puso a pensar. Beatrice tenía otras cualidades, además de las físicas: era discreta, activa, fiel y le encantaba dirigir la casa. Tenía todo inmaculadamente limpio y guisaba con manos de ángel.

Ya era hora de que él empezase a hacer cálculos acerca de una vida en común, pero para el resto de sus días, claro que legalmente unidos. Beatrice daría saltos de alegría, soltaría luego unas lagrimitas y terminaría por aceptar:

«¡Me encantaría ser tu esposa, amor mío!»

El joven también pensó que hasta su madre lo celebraría. Ya era hora de dejar de fingir que Beatrice estaba allí tan solo para cuidarla a ella, llevar la casa y, en los ratos que él no podía estar al frente de la tienda de artículos deportivos, quedarse tras el mostrador.

Por otra parte, él ya tenía veintisiete años.

Cuando vio salir a la mujer envuelta en la bata de baño, con sus dorados cabellos mojados y mil gotas resbalando por su sedosa piel, el joven fue a ocupar su puesto en la ducha y al cruzarse con ella la retuvo por la cintura

al preguntar—: ¿Querrás casarte conmigo; nenita?

Beatrice Mann le miró entre sorprendida y radiante con sus grandes ojos azules muy brillantes, pero objetándole siempre risueña:

—No me gastes esas bromas, mi amor.

—¡Te lo digo en serio, mujer!

—¡Santo cielo! ¿De verdad, Yal?

—¿Quieres que te lo jure?

—Pero así... tan de repente...

—Ya sabes cómo soy.

Siempre sensata y equilibrada la mujer volvió a pugnar por soltarse del abrazo masculino y al fin propuso:

—Anda, Yal: suéltame y ve a la ducha.

—¿Es que me rechazas, cariño?

—Qué tontería... Pero en todo caso ya hablaremos de todo eso cuando vuelvas de llevar a tu madre a la clínica.

—¡Está bien! Si soy poca cosa para ti, con decirlo en paz.

La respuesta fue una sonora carcajada de ella y él terminó bajo el agua de la ducha.

Mientras se vestía, Beatrice Mann pensó que aquel día era el más radiante y feliz de su vida.

* * *

Empaquetó el par de guantes de boxeo, cobró el importe de la venta y le entregó el *ticket* con la vuelta al cliente. Cuando aquel joven salió se dispuso a quitar el polvo de alguno de los artículos colgados en la tienda.

En aquel momento entraron dos hombres y Beatrice les dirigió una amable sonrisa, al solicitar cortésmente:

—¿En qué puedo servirles, caballeros?

La mirada del más alto resultó groseramente descarada, al pretender acariciar con sus pupilas el cuerpo de la mujer. Y hasta su voz resultó ofensiva al apuntar:

—Nos podrías servir para muchas cosas, guapa...

Más seria, sin dejar de observarles, ella insistió:

—¿Qué desean comprar?

—¡Nada!

Había hablado el de más edad y más bajo, pero aquel individuo tampoco resultaba muy agradable a la vista. Los rostros de aquellos sujetos no inspiraban ninguna confianza: uno de ellos, el más alto, tenía marcas de viruelas. En el rostro del otro había una fea cicatriz que partía del ojo izquierdo y terminaba en el mentón, con nariz chata, como la de muchos boxeadores.

Beatrice se refugió tras el mostrador y su actitud fue más seca y tirante

al indicar:

—Si no desean comprar nada, hagan el favor de salir. Aquí no estamos para perder tiempo, «señores»...

—Sin sulfurarse, rubita: hemos venido a ver al patrón.

—Si se refiere al señor Niven, no está.

—¡Mientes, nena! Hemos estado vigilando y no le hemos visto salir.

La palabra «vigilando» puso en guardia a la muchacha. No obstante, creyó conveniente informar:

—La casa tiene otra salida por la parte del jardín. El señor Niven ha tenido que llevar a su madre a la clínica.

—¿A qué clínica, rubita?

De eso sí que no tenía por qué informarles. Y mucho menos ante la grosera actitud ofensiva de aquellos dos hombres: por eso replicó:

—No lo sé.

—Aparta de ahí, guapa: echaremos un vistazo a la vivienda.

Antes de que Beatrice lo pudiese evitar, aquel brutal individuo ya había cruzado el mostrador y caminaba hacia la trastienda. Su compañero le seguía y la excitada muchacha se puso a protestar:

—¡No tienen derecho a entrar ahí! ¡Llamaré a la policía y...!

No pudo decir más.

Ni tan siquiera pudo saber quién de los dos la golpeaba fulminantemente con el duro canto de sus manos, sobre el cuello y rápidamente en la nuca.

Beatrice Mann cayó desplomada, sin sentido y golpeándose contra el suelo.

Su bello rostro se desfiguró contra las duras baldosas. Nunca podría decir lo que siguió, tras aquello.

* * *

En aquellos mismos instantes, con su flamante kimono blanco, Mike Ascari estaba en uno de sus entrenamientos.

El macizo coreano Huo-Park era su oponente.

Los jóvenes inscritos en el gimnasio que regentaba el japonés Tokaydo, muy admirados, habían interrumpido sus entrenamientos para admirar a todo un campeón del mundo de judo, cinturón negro y nada menos que con el grado diez.

Podían aprender mucho de Mike Ascari, que pocas veces se dejaba caer por allí.

El viejo Tokaydo se acercó al tapiz y anunció:

—Le llaman por teléfono, señor Ascari.

—¿No ves que estoy entrenando, idiota?

—Sí, pero...

—Sabes que no me gusta que me interrumpan.

El japonés se inclinó, volvió a la oficina del gimnasio y anunció al que pretendía comunicar con el dueño del local:

—Lo siento: llame más tarde, por favor. El señor Ascari está entrenando.

Y colgó.

CAPÍTULO VI

El teniente Hans Diamond miró al joven y tras leer el informe del sargento invitó amable:

—Siéntese, señor Niven... Y antes de nada, permítame expresarle mi pesar por lo ocurrido. Lo siento: realmente ha sido algo muy desagradable.

El joven que decía llamarse Yal Niven forzó una sonrisa amarga:

—¿Solo «desagradable», teniente? Han asesinado a la mujer con la que pensaba casarme. Y usted lo califica de suceso «desagradable». ¿Qué dejan, pues, para el asesinato?

El policía bajó la cabeza al repetir:

—Lo siento y comprendo su estado de ánimo, señor Niven. Pero créame: no podemos hacer más de lo que estamos haciendo. El forense dice que al caer de bruces la señorita Beatrice Mann se golpeó en la frente y...

—¿Quién la obligó a caer tan brutalmente?

—Permítame antes unas preguntas a mí, por favor: necesito redactar un informe completo.

—Adelante, teniente.

—¿Tiene usted algún enemigo?

—Que yo sepa, no. Me dedico a vender artículos deportivos en mi tienda y jamás tuve ningún jaleo ni líos.

—¿Juega usted a las carreras de caballos?

—¡Jamás! Mi negocio no da para tanto.

—¿Qué me dice de la señorita Mann?

—Que llevaba dos años con nosotros. Siempre fue una mujer intachable, amable, cordial y muy trabajadora.

—¿Por qué la contrató?

—Inicialmente, para que atendiera a mí madre. Hoy mismo la he tenido que ingresar en la Clínica Mayer, porque tiene que utilizar una silla de ruedas y últimamente se quejaba de las rodillas.

El joven rechazó el cigarrillo que le ofrecía el policía y añadió:

—Con el tiempo simpatizamos y Beatrice pasó a ser como de la familia.

—¿Dónde la conoció?

—¿Y eso qué importa? Ya está muerta, ¿no?

—Buscamos un motivo para la agresión que sufrió, señor Niven. Su vecino, el que tiene la frutería en la esquina, ha declarado que vio a dos hombres que parecían esperar dentro de un coche, al parecer vigilando su tienda.

—¿La mía, teniente?

—Eso ha declarado al sargento el señor Dingo, el frutero.

Hablaré con él: me tendrá que decir cómo eran esos canallas.

—No se precipite, señor Niven; para eso estamos nosotros.

—¿Y creen que me voy a quedar con las manos quietas?

—Es lo que debe hacer. Se lo recomiendo.

—¡Al diablo la ley y el orden, teniente! Alguien ha asesinado a Beatrice... ¡Y lo tendrá que pagar!

—No se preocupe. Serán localizados. Al parecer uno de los sujetos tenía una fea cicatriz en el rostro y el otro lo tenía con marcas de viruelas.

—¿Y a qué esperan?

—Mis hombres ya están trabajando.

Levantándose, el impetuoso joven resolvió:

—Y es lo que voy a hacer yo, desde ahora mismo.

—Espere, Niven: no podemos ir deteniendo a la gente por ahí, sin ninguna prueba. Y no me gustaría que usted se saliese de la ley, por ansias de venganza, amigo.

—No se preocupe por mí, teniente. Si hago algo fuera de lo debido, me detienen y en paz. ¡Pero no me voy a quedar quieto!

Aquella vez el policía no contestó; comprendía los sentimientos de aquel joven. Una hermosa muchacha iba a ser enterrada: había muerto cuando más podía esperar de la vida. Y posiblemente sus asesinos estarían libres, disfrutando en alguna parte, bebiendo unas copas con alguna furcia tras haber cobrado por su asqueroso «trabajo».

Todo aquello era injusto, ¿pero qué se podía hacer?

El joven Yal Niven saludó:

—Volveremos a vernos, teniente.

* * *

Lucio Dingo era uno de los muchos emigrantes italianos que había pretendido buscar nuevos horizontes de vida para él y su numerosa familia en la dorada California. Pero ya llevaba más de treinta años en la población de Berkeley, donde había puesto una frutería en el número doce de Buttler Street.

Y al Niven estuvo mucho tiempo hablando con aquel vecino. Le quería sonsacar hasta el más mínimo detalle, pero el frutero insistió:

—Ya se lo dije todo a la policía, Yal.

—Por favor, señor Dingo: descríbamelos.

—¿Qué quieres que te diga, chico? Me extrañó que estuvieran tanto tiempo metidos en su coche, como vigilando la entrada de tu tienda.

—¿Cómo eran?

—No sé... Me fijé en el tipo de la cicatriz cuando bajaron del coche,

porque le cruzaba el rostro desde el ojo izquierdo hasta la barbilla.

—¿Qué edad le calculó, señor Dingo?

—Quizás unos cuarenta años... O posiblemente más. Era el más bajo y tiraba a rechoncho, así, como yo más o menos. Pero tenía la nariz chata, como la de los boxeadores.

—Algún bribón, que ahora se gana la vida asesinando gente.

—El más alto tenía marcas de viruelas en la cara.

—¿No se fijó en la matrícula del coche?

—¡Qué cosas dices, Yal! Quién iba a pensar que... Pero recuerdo que era un Ford, de los años sesenta o un modelo así.

—¿Les vio entrar en mi tienda?

—No, pero sí salir. Cuando bajaron del coche vino una de mis dientas y yo me puse a despachar unas frutas hasta que...

—Gracias, señor Dingo: no le molesto más.

—No ha sido ninguna molestia, chico. Y lo siento... quiero decir que toda mi familia siente mucho que a la pobre Beatrice...

Al salir de la frutería cruzó la calle, pero decidió que no abriría la tienda. Su madre estaba en la Clínica Mayer para ser sometida a tratamiento y la pobre Beatrice esperando ser enterrada. En aquellas circunstancias no tenía humor para seguir al frente del negocio: lo que ahora tenía que hacer era intentar localizar a los dos asesinos.

No le entraba en la cabeza que Beatrice hubiese tenido algo turbio en su vida anterior, como para que alguien hubiese querido asesinarla. Y sí no era así, ¿por qué la habían atacado tan bárbaramente?

Decidió volver a la clínica, para contárselo a su madre. Iba a ser un golpe terrible, pero tenía que decírselo: una cosa así no se puede ocultar.

Tomó un taxi para llegar a San Francisco y al bajar frente a la Clínica Mayer se presentó ante la recepcionista que le informó:

—Tendrá que esperar: la señora Evans tiene visita.

Le extrañó mucho: nadie mejor que él sabía que, en los últimos años, su madre no había tenido ninguna clase de relación, ni amistades. Siempre condenada a estar en su silla de ruedas, la mujer que se hacía llamar Ruth Evans había tenido que limitar su vida a ser atendida por él, salvo los dos últimos años en los que habían contratado a Beatrice Mann.

—Soy su hijo, señorita. ¿Quién está visitando a mí madre?

—Dos hombres acaban de subir: le han traído un hermoso ramo de flores.

No supo por qué, pero como una luz de alarma se encendió en el cerebro del joven, que no obstante quiso confirmar:

—¿Dos tipos, uno bajo y rechoncho y el otro más alto, con una cicatriz en el rostro?

—Sí... ¿Por qué, señor Niven?

No quiso escuchar más.

Se lanzó a la carrera por el pasillo ante la extrañeza y alarma de la enfermera recepcionista, que salió del mostrador para ver cómo corría aquel joven en busca del ascensor.

Las luces del panel anunciaban que el ascensor ascendía hacia la quinta planta y, en su precipitación, Yal Niven, no fue capaz de esperar. Se lanzó a subir por las escaleras con celeridad, hasta llegar a la tercera planta y volver a correr por el pasillo, en busca de la habitación donde él había dejado a su madre.

Naturalmente, entró en aquella habitación sin llamar.

Dos hombres estaban inclinados sobre el lecho, donde la mujer paralítica de sus piernas inútilmente intentaba agitarse para verse libre de la mano que tapaba su boca, mientras el otro individuo pretendía aplicarle una inyección en el brazo.

Y al Niven se lanzó sobre ellos con la rabia de una furia vengadora.

Los tres rodaron por el suelo, derribando la mesita de noche y dos o tres sillas. Se inició una lucha desigual, en la que todo se ponía en juego: puños, brazos, piernas, patadas, mordiscos y empujones, mientras ninguno de los tres lograba recuperar la vertical ni una ventaja.

En su desesperación, Yal Niven comprendió que no tardarían en dominarle; ninguno de los dos individuos eran más jóvenes que él y parecían menos fuertes, pero le estaban demostrando que sí poseían la habilidad de saber golpear Sobre todo el más alto de la nariz chata, el que «lucía» la fea cicatriz cruzándole el rostro y que, en sus tiempos debía haber sido boxeador.

Y al Niven sintió que un puño restallaba con ímpetu contra su cuello, casi cortándole la respiración. Una vez más fue proyectado contra el suelo cuando lograba ponerse de rodillas, con su otro contrincante bajo él. Pero tuvo los reflejos suficientes para, al ser lanzado hacia atrás alzar las piernas y con ellas frenar la nueva embestida del tipo que le había golpeado.

El sujeto de la cicatriz cayó sobre su compañero, aprovechando Yal Niven aquellas fracciones de segundo para ponerse en pie.

Un instante después alzaba su pierna derecha y proyectó un formidable patadón en pleno rostro del ex boxeador, que ya esgrimía un cuchillo de resorte en su diestra.

El hombre con marcas de viruelas en el rostro logró también ponerse en pie, tras sacudirse de encima el cuerpo de su compañero. Con diestro movimiento llevó la derecha a la sobaquera y un instante después se dispuso a disparar la pistola contra el joven que tenía ante él.

Y al Niven miró a la muerte cara a cara.

Sabía que iba a morir.

Llegó hasta a deslumbrarle el fogonazo que brotó del cañón del arma

que le apuntaba, con un estampido seco que pareció llenar la revuelta habitación. La bala pasó silbando siniestramente junto a su oreja izquierda, y cuando temía el segundo disparo, dos enfermeros de batas blancas entraron en tromba en la habitación.

Los dos empleados de la clínica no le dieron tiempo al hombre armado para que terminase de volverse y les apuntase a ellos. Antes de que girase del todo ya se habían lanzado sobré él, volviendo a derribarle y sujetándole con fuerza.

A su vez, Yal Niven volvió a golpear con la puntera de su zapato al otro individuo que torpemente se recuperaba, enviándole de nuevo al país de los sueños.

Desde el lecho, la mujer paralitica lloraba sin dejar de exclamar, sus brazos extendidos:

—¡Hijo! ¡Hijo mío!

—Tranquila, madre: ya pasó todo.

Los dos se abrazaron y la mujer logró decir:

—Menos mal que pude tocar el timbre. Alzaba el brazo, pero no lograba encontrarlo, aterrada porque a ti... a ti...

—Hiciste muy bien, madre. Eso nos ha salvado.

—¿Les conocen? —preguntó uno de los dos enfermeros.

Tras mirar a su madre Yal Niven contestó al leer la negativa en sus ojos:

—No... No les hemos visto nunca.

—Llamaremos a la policía, señora Evans.

—Por favor —intervino el joven—. Pregunten por el teniente Hans Diamond.

—Arriba, bribones. Esto les costará una buena temporada en la sombra.

—Más que eso —volvió a opinar Yal Niven—. Me temo que sean los asesinos de Beatrice.

—¡Hijo! ¿Qué dices?

El joven tuvo que contarle lo sucedido a su madre.

CAPÍTULO VII

—¿Qué opina, teniente?

Hans Diamond se tiró de una oreja, hasta que al fin contestó:

—Nada en concreto, señor Niven. Ese tipo es muy correoso y no ha despegado los labios casi: se ha limitado a decir que se llama Eric Smither y que solo acompañaba a su amigo, que le dijo, que tenía que hacer una visita en la Clínica Mayer.

—¿Y el otro?

Nuevo silencio del policía, hasta informar:

—Nunca más podrá hablar.

—¿Qué... qué dice, teniente?

—Lo siento, amigo.

—¿Qué es lo que siente? ¡Hable!

—Los enfermeros me avisaron, y acudí en un coche patrulla con el sargento Lester y dos agentes más.

—¡Siga, por favor!

—Usted seguía en la habitación de su madre y... Bueno; cuando fuimos a ponerle las esposas, Eric Smither se quedó muy quieto. Pero su compañero se revolvió, consiguió desarmar al sargento Lester y se puso a disparar para intentar huir. ¿Comprende?

—¿Qué es lo que debo comprender, teniente? ¿Qué le han matado?

—Así fue... Tuvimos que defendernos y... Esas cosas pasan a veces, cuando se tropieza con dos auténticos «profesionales» del crimen.

—¡Dios Santo! Ahora ese Eric Smither se escudará en el otro. ¡No confesará nada!

—Eso nos tememos.

—Pero ustedes... ¡Usted debe obligarle, teniente! Ya han asesinado a Beatrice e intentaron hacer lo mismo con mi madre y conmigo.

—Con respecto a eso le quería preguntar si usted...

—¡Deje de molestarme a mí y pregúntele a él, cuernos!

—Debo preguntarle, señor Niven. Ya no hay ninguna duda de que, cuando atacaron a su prometida, les buscaban a usted y a su madre. Hay el dato de que estuvieron vigilando su tienda, además de que luego estuvieron preguntando por las clínicas por la señora Ruth Evans.

—Y cuando dieron con mi madre, intentaron aplicarle una inyección.

—Por cierto: se trataba de un inyectable que proporciona un paro cardíaco.

—¿Quiere más acusación, teniente?

—No hay duda sobre eso, señor Niven; pero la pregunta es. ¿Por qué? ¿Para qué?

—La verdad, teniente; no puedo contestarle a eso.

—¿Ni el menor indicio, señor Niven?

Le dije que mi madre y yo siempre hemos llevado una vida tranquila, sin alteraciones. Me he limitado a llevar el negocio de mi tienda y jamás nos hemos mezclado en nada desagradable que pudiese desembocar en cosas tan horribles.

—Bien: seguiremos apretándole los tornillos a ese Eric Smither.

—Hágalo, teniente. Y si me lo dejan a mí... ¡Por Dios vivo que le haré soltar la lengua!

—Tenemos nuestros métodos, señor Niven.

—Ya sé... Ya sé, teniente: muy correctamente les leen sus «derechos», les permiten un abogado y, después de fijar la fianza... ¡A la calle otra vez! ¿No es así?

—Estamos en un país libre, señor Niven. Esto es una democracia.

—¡A la mierda las leyes que permiten soltar a los asesinos!

—¿Pretende que le apliquemos el tercer grado?

—¿Y por qué no? ¡Son basura, teniente! ¡Pura escoria que no merece otra cosa!

—Créame, Niven: comprendo su postura y excitación. Pero nadie es culpable, hasta que no se demuestra.

—¿Qué más quieren? Ese canalla tendrá que explicar por qué quisieron asesinarnos. Hay que obligarle a decir quién le paga, quién diablos se oculta detrás de ellos y por qué motivo.

—Es en lo que usted, o su madre, nos podrían ayudar.

—Pero sí no les podemos orientar en nada de eso, teniente. ¡Ya se lo he dicho! Por más que me esfuerzo, no consigo encontrar un motivo para que a mí madre y a mí...

—Siga, señor Niven, por favor.

—No, estaba pensando ahora en que...

—¡Adelante, señor Niven! —volvió a animarle.

Pero el joven guardó silencio y tan solo objetó:

—No tiene importancia, teniente. Era una tontería.

—Cualquier cosa nos puede servir, amigo.

Pero Yal Niven pareció desear cambiar de conversación al preguntar:

—Dígame, teniente, ¿ha puesto vigilancia en la habitación de mi madre?

—Es lo primero que hice: dos agentes vigilan ante la puerta de su habitación, en la clínica Mayer.

—Gracias, teniente.

—No faltaba más. Y usted también será protegido, señor Niven.

—También se lo agradezco, pero a mí me gusta andar suelto.

—Puede hacer lo que quiera: pero tendrá la sombra de mis hombres detrás de usted.

El policía encendió un cigarrillo, como para darse tiempo antes de volver a advertir:

—Pero cuando digo que usted puede hacer lo que quiera, no me refiero a que intente aplicar la justicia por su mano.

—Le diré la verdad, teniente: lo haría, si supiera por dónde empezar.

—Solo hay un indicio... —empezó a apuntar el policía.

De forma vehemente, Yal Niven se inclinó hacia él, mirándole a los ojos fijamente al interesarse con viveza:

—Dígamelo, teniente.

—No sé... Es posible que haga mal... Pero por las señas personales del sujeto que murió al intentar escapar, me puse a mirar los ficheros...

—¿Y qué, por favor?

—Bueno: tenía un largo y negro historial delictivo. Tres condenas cumplidas y varios arrestos menores, de los cuales salió bien librado por sus abogados. Su nombre era Raúl Sicary.

—Me suena a italiano, teniente.

—Era hijo de emigrantes.

—¿Qué me dice de sus abogados?

—Eso me extrañó, lo confieso.

—¿Por qué, teniente?

—Porque un bufete de la categoría de Van Lee Avergain e hijos no sabía que se dedicara a defender a rufianes como ese Raúl Sicary...

Redoblado su interés, el joven aún se inclinó más sobre la mesa del teniente Hans Diamond al insistir:

—Por favor, teniente: repita ese nombre.

—¿Qué le pasa, Niven? He dicho Van Lee Avergain.

Tras levantarse con viveza, Yal Niven se despidió:

—Gracias, teniente... Y ¡ah!: tendrá que perdonarme. ¡Tengo muchas cosas que hacer!

—¿Adónde va ahora, Niven?

No contestó y solo al llegar a la puerta del despacho, a su vez advirtió:

—Y otra cosa, teniente: no haga que sus sabuesos me sigan.

—Pero...

—No me gusta llevar «sombras» detrás de mí.

Y salió.

* * *

La firma Van Lee Avergain e hijos tenía sus despachos en el centro de la ciudad, en uno de los más modernos edificios de acero y vidrio que

empezaban a abundar en San Francisco. Yal Niven pagó al taxista, miró al imponente edificio y una vez informado el ascensor le llevó a la decimonovena planta.

La puerta de vidrio con el rótulo de los famosos abogados le llevó ante una secretaria, una joven descarada y pelirroja que, tras mirarle de cabeza a pies con aire admirativo dijo, ciertamente provocativa:

—Sí viene para presentarse para Míster Universo, no es aquí, amigo.

—Quiero hablar con Lee Avergain —se limitó a pedir.

—¿Tiene concertada la visita?

—No.

—Lo siento: el señor Lee Avergain no podrá recibirle.

—Dígale que está aquí uno de los hijos de Bruno Ascari.

Al oír aquel apellido la pelirroja exclamó, poniéndose en pie:

—¡Ascari! Ya decía yo que su rostro me era conocido, campeón. Pero no sabía que se había dejado bigote.

—No soy Mike —rechazó el visitante—. Sino Jim Ascari.

—¡Dios Santo! Pues es usted exactamente como nuestro campeón de judo, a no ser por ese bigote que... no es que no le siente bien, pero...

Impacientándose, el visitante atajó a la mecanógrafa recepcionista que se había puesto en pie:

—Pase mi recado, por favor.

—Lo... Lo siento; pero el señor Lee Avergain no está.

—¿De veras, pelirroja?

—¡Eh! ¿Adónde va?

Y al Niven había cruzado el vestíbulo y se dirigía a una de las puertas del fondo, cuando la empleada se colgó de su brazo para detenerle. Debido a su estatura y corpulencia al joven le resultó fácil soltarse de la muchacha, cuando se abrió la puerta que tenían frente a ellos.

Una hermosa y bella mujer de unos veinticinco años, elegantemente vestida y sugestivamente atractiva, aunque con grandes lentes con montura de concha que no le favorecían el rostro salió indagando:

—¿Qué pasa, Vicky? ¿Qué es este escándalo?

—Lo... lo siento, señorita Avergain; pero es que este... este gigantón se empeña en...

La pelirroja no dijo más, al observar la feliz luminosidad que ahora se reflejaba en los ojos miopes de Vivian Avergain tras sus grandes gafas de concha. La mujer abogado se había puesto a fijarse fijamente en el visitante y sus rojos labios exclamaron, al identificarle al fin:

—¡Jim...! ¡Dios mío! Pero si eres... ¡Eres Jim Ascari! —El mismo, Vivian.

—¡Dios Santo! —volvió a sorprenderse la mujer—. ¡Hace años todos te creíamos muerto!

En vista de cómo era recibido aquel gigante por la hija del jefe, la recepcionista pelirroja decidió retirarse. Y aunque nada comentó, en aquellos instantes sintió envidia de Vivian Avergain que ofrecía:

—Pasa, Jim, pasa, por favor. ¡Cuánto tiempo sin vernos! La puerta de aquel amplio y soberbio despacho se cerró y su dueña se mostró entonces más expansiva al acercarse al hombre, tomar sus grandes manos entre las suyas y mirándole directamente a los ojos proponer:

—¿Es que no vas a besarme, querido Jim?

Él se inclinó, rozó la frente de la mujer con sus labios, y sintió el perfume embriagador que despedía aquel escultural cuerpo femenino, y que por un instante le hizo olvidar el motivo de su visita.

Realmente, tenía que reconocerlo: Vivian Avergain había dejado de ser una niña, para convertirse en una mujer espléndida. Y al parecer una joven liberada, puesto que por no haber aceptado sus labios pareció reprocharle con este comentario, mientras caminaba hacia el butacón de cuero tras la mesa:

—¿Desde cuándo te has vuelto tímido, Jim?

Al verla caminar con un incitante balanceo de sus sugestivas caderas, el hombre apreció que la joven era alta y tenía una silueta sumamente distinguida. Pero terminó también sentándose frente a ella y desde el otro lado de la mesa pareció excusarse:

—Mujer... Hace un siglo que no nos vemos.

—¡Y tanto! ¿Dónde has estado metido?

—¡Psch! Por ahí...

—Te reconocí al instante, pese a ese bigotazo de gendarme francés.

—¿No te gusta?

—¡No! Pero tus ojos son los mismos, Jim. ¡Únicos!

—¿Es un cumplido, Vivian?

—Es una verdad... Solo los hombres como tú saben mirar a una mujer como lo haces.

—Será que me pirro por vosotras —comentó risueño.

—Por mí, no, Jim —reprochó ella—. Ni una sola carta, ni una simple tarjeta. ¡Doce años sin querer saber de mí!

—¿Estás en el negocio? —intentó variar él, abarcando con la vista lo que les rodeaba.

—Sí... Terminé Derecho, como mis hermanos. Y mi padre me propuso trabajar con ellos.

—Comprendo: sigues la tradición familiar.

—¿Por qué no?

—Y al parecer, os va estupendamente.

—Sobre todo, gracias a vuestro padre. Nosotros nos ocupamos de todos sus negocios, industrias y papeleos, Jim. ¡Es nuestro mejor cliente!

—¡Ya! Por lo menos, desde que se casó con aquella multimillonaria. ¿No es así, Vivian?

—¿Lo dices con reproche, Jim? Cuando vuestra madre murió en aquel horrible accidente, hizo bien en volver a casarse con Rachel Lanford.

—Sobre todo, tratándose de una caprichosa multimillonaria, ¿no?

—¿Fue eso lo que te disgustó, Jim? ¿Por eso abandonaste a tu padre y hermano y desapareciste? —se interesó la joven.

Pero él hizo un gesto con las manos y objetó:

—Dejemos todo eso, Vivian. He venido a otra cosa.

—Tú dirás, Jim.

—Quiero saber si este bufete se ha encargado de la defensa de un tipo llamado Raúl Sicary.

—Es posible: tendríamos que mirar en los ficheros. ¿Por qué, Jim?

—Hazlo, por favor: quiero saberlo.

—Antes dime una cosa. ¿Quién es ese Raúl Sicary?

—Te enterarás, si encontráis su ficha.

—Está bien. Jim.

Vivian Avergain pulsó uno de los botones blancos junto al interfono y se puso a ordenar:

—Vicky, por favor. ¿Quieres traerme el expediente de un tal Raúl Sicary?

La voz de la pelirroja llegó hasta el visitante:

—Ahora mismo lo busco, señorita Avergain.

Mientras esperaban, el joven que hacía años se hacía llamar Yal Niven no hizo más que intentar rehuir la larga serie de preguntas que la interesada Vivian Avergain le dirigía. Quería saber qué había sido de él en todos aquellos años y en un momento determinado enlazó otra:

—¿Te molesta que te pregunte, Jim?

—¡Oh, no! —mintió él—. ¿Por qué tenía que molestarme, mujer?

—No sé... Parece que no te muestras muy receptivo.

—¡Qué tontería, Vivian!

—Es que... ¿No sabes que cuando era jovencita estaba muy enamorada de ti, Jim?

Algo desconcertado él exclamó, rehuyendo la mirada femenina—: ¿Ah, sí...? Yo siempre creí que te interesabas por mí hermano.

—No mientas, granujón —volvió a reprocharle ella—. Sabes que a Mike siempre le detesté, aunque «cordialmente». Sigue siendo tan bruto como antes y aunque sois gemelos, es muy distinto a ti.

—Sí... Creo que sí, Vivian.

Y aquella vez sí la miró a los ojos.

¡Los tenía preciosos!

Sobre todo cuando se quitaba aquellas enormes gafas de concha.

CAPÍTULO VIII

Bastante perpleja, tras examinar los papeles de una carpeta. Vivian Avergain musitó:

—No me lo explico, Jim. Normalmente, ni mi padre, ni mis hermanos, y mucho menos yo, solemos ocuparnos de defender a hombres como este.

—Ya no tendréis que defenderle más.

—¿Por qué dices eso, Jim?

—Raúl Sicary ha muerto.

—¿Cómo lo sabes?

—Viene en la prensa. Intentó escapar de la policía y...

Se interrumpió, volvió a mirar en torno al lujoso despacho y tras la breve pausa comentó:

—Supongo que vuestras tarifas son muy altas, ¿verdad?

—Supones bien, Jim.

—¿Y una rata como Raúl Sicary os podía pagar vuestros honorarios?

—La verdad es que aquí pone que no pagaba él.

—¿Ah, no?

—No... Por lo visto, mi padre le defendió por encargo de un tal Huo-Park. Un coreano que, a su vez, le fue recomendado por...

—Termina, Vivian.

—Por tu hermano Mike.

Levantándose, el visitante decidió:

—Gracias, preciosa: es todo lo que quería saber.

—¿Es que te vas, Jim?

—Bueno... Se supone que estás en tu trabajo y no quiero molestarte más.

También levantándose para salir de detrás de la mesa, la impulsiva mujer se puso a argumentar:

—Sabes que no me molestas y que estoy encantada de volver a verte, Jim. Y si piensas que te vas a librar otra vez tan fácilmente de mí...

—¿Por qué has dicho «otra vez»?

—Bien: admito que te disgustaste, por lo que fuera, con tu padre y tu hermano, y desapareciste dejándoles plantados. ¿Pero por qué tuviste que castigarme a mí también?

—¿Castigarte? —volvió a preguntar él.

—A una jovencita enamorada se le debe alguna explicación, ¿no?

—Mujer... Yo no sabía que tú... ¡Pero si solo eras una mocosa!

—¡Ya tenía catorce años! —recordó ella.

—¡Qué «vieja»! —pretendió bromear él.

—A esa edad, las chicas son muy románticas, Jim.

—Pero ahora ya eres toda una mujer. ¡Y además, abogado!

—¡Tú lo has dicho! Y como da la casualidad que soy la hija del jefe... ¡Puedo abandonar el trabajo cuando quiera!

—¿Qué pretendes, Vivian?

—Que me convides a cenar. Quiero me expliques por qué te has interesado en ese Raúl Sicary y te has decidido al fin a verme.

—Yo vine a ver a tu padre.

—Es lo mismo. ¿Me invitas, o no?

—Tengo muchas cosas que hacer, chiquita.

—¡Lo has dicho! ¡Has vuelto a llamarme así!

Algo perplejo, mirándola nuevamente a los ojos desde su altura, el hombre pretendió excusarse:

—Es que... para mí... Sigues siendo bajita, Vivian.

—Porque tú eres un gigantón. ¡No se hable más! Por lo menos me invitarás a café o a merendar. ¡Aunque tenga que pagar yo!

Y salieron del despacho, ella colgándose feliz y radiante del brazo del hombre:

Al pasar ante la mecanógrafa recepcionista, la pelirroja saludó incisiva:

—Que lo pase muy bien, señorita Avergain. ¡Que se diviertan!

Mientras descendían en el ascensor lleno de gente, la mujer abogado se pegó más al hombre que la acompañaba y le siseó al oído:

—Esta Vicky es una envidiosa.

El joven se limitó a sonreír.

* * *

Fue al cruzar un semáforo cuando un taxi, sin hacer caso a la luz verde, prácticamente se les echó encima.

Jim Ascari siempre había sido un buen deportista, por lo que todos sus músculos estaban bien condicionados. Quizá por eso tuvo los reflejos suficientes para, con veloz respingo, arrastrando a la mujer con él, tomándola en volandas, lanzarse hacia atrás.

Caídos en mitad de la calzada en confuso revoltijo de piernas, brazos y cuerpos, escucharon el silbato del guardia de tráfico que se lanzaba a la carrera pretendiendo seguir al taxista imprudente, para al menos conseguir su matrícula.

La gente se interesó por la joven pareja, inclinándose sobre ellos para ofrecerles su ayuda, con mil comentarios e improperios para aquel loco del volante. Pero Jim Ascari se apresuró a levantar a la joven y, casi arrastrándola con él, recomendó:

—Vámonos de aquí, Vivian. ¡Será lo mejor!

—Espera, bruto. ¡No tires de mi así, por favor!

—Te digo que será lo mejor. ¡No quiero más jaleos!

—Quiero denunciar a ese taxista. Nuestra obligación es...

—Si no me sigues no te convido a cenar y te quedas ahí —amenazó él.

Doblaban la primera esquina cuando ella indagó, caminando mientras pretendía sacudirse el vestido.

—¿Pero qué te pasa, Jim? Estos años te han cambiado mucho.

—Y a ti también... Tienes unas rodillas y unos muslos formidables.

—¡Aprovechado! No debiste estrujarme contra ti así.

—¿Así me agradeces el salvarte de morir atropellada?

—Fue un accidente y...

—¡Sí, sí! —exclamó él—. Si consiguen identificar a ese taxista, ya te enterarás, chiquita.

—¿Qué quieres decir Jim?

—Nada... ¿Dónde quieres cenar?

—En Delmónico —eligió ella al instante—. Así podremos también bailar.

—No estoy para danzas.

—¡Yo sí!

—Y además, ese local debe ser muy caro.

—Lo es; pero si andas mal de fondos te puedo hacer un préstamo.

—¿Porque soy el hijo de vuestro mejor cliente?

—No, tonto... Porque eres Jim. ¡Jim Ascari!

—No estés tan segura, chiquita. Ni yo mismo lo estoy... hace años.

—Me tienes que contar muchas cosas, ¿eh...? Qué has hecho todo ese tiempo; por qué abandonaste a tu padre y hermano, a qué te has dedicado; qué tal te fue, por qué viniste hoy a ver a mi padre, por qué te interesas por ese Raúl Sicary, si has tenido muchas novias, si estás casado o soltero y sí... sí...

—Sigue, sigue, mujer. ¡Eres una ametralladora preguntando!

—La última es la que me interesa más.

—¿Y es, chiquita?

Volvía a sacudir su vestido, cuando apuntó:

—Si te sigo gustando...

—Te lo diré en Delmónico Y no hará falta que me hagas un préstamo.

—¿De veras, Jim? Somos viejos amigos, ¿no?

—Sí, chiquita: somos viejos y buenos amigos. Pero da la casualidad que no hace mucho mi «querido» hermano me ha dejado mil dólares...

—¿Es que has seguido tratándote con Mike?

—No, pero necesitaba ese dinero y le escribí para... ¡No debí hacerlo!

—¿Por qué dices eso? Mike es tu hermano gemelo. ¡Ahora sois multimillonarios!

—Lo serán ellos. No nosotros.

—¿Qué significa ese «nosotros»? —volvió a interesarse ella.

—Quiero decir que yo no lo soy. Llevo un siglo sin ver a mi padre ni a Mike.

—¡Qué extraño! Ahora es muy famoso. ¡Todo un campeón mundial de judo!

—Lo sé, chiquita: leo la prensa.

—¿Y no estás orgulloso de él?

—¿Quieres dejar de preguntar?

—¿Te molesta?

—¡Me acosas!

—Pues ya verás cuando bailemos bien juntitos en Delmónico —«amenazó» ella insinuante.

—Eres terrible, chiquita... En cierta forma, no has cambiado.

—Ya sé por qué lo dices.

—¿Por qué? —retó él.

—Por aquella tarde que te mordí la oreja. ¿Lo recuerdas?

—Sí... Tu padre me dio un pescozón, creyendo que era yo el que quería besarte a ti.

—¡No seas presumido! Yo no te besé... ¡Te mordí!

—Vamos a dejarlo en tablas. ¿Te parece, chiquita?

—Si quieres te desquitas —propuso ella—. Mientras bailamos, te dejaré que me mordisquees la oreja. ¿Hace?

Mirándola divertido también, él continuó objetando, presumiendo de «duro»:

—No lo haré, si no te quitas esas horribles gafas.

—Por eso no te preocupes, hombre: mañana mismo me compro unas lentillas.

—Así, sí.

—Pero tú te tendrás que afeitar ese bigotazo.

—Quizá lo haga: ya me han localizado y no tengo por qué seguir desfigurándome, pretendiendo ocultarme tras él.

—¿Quién te ha localizado, Jim? ¿Por qué dices eso? ¿Es que vuelves a los misterios? ¿Me dirás de una vez qué es lo que te pasa?

—¡Y dale con las preguntas!

—¡Tengo que hacerlas! Sé que me estás ocultando algo. ¡Lo noto!

—Eres una curiosilla.

—Me intereso por ti, Jim.

—Está bien: yo voy a hacerte una a ti.

—Adelante. No tengo secretos como tú.

—¿Te has casado, chiquita?

—No... Te esperaba a ti, Jim.

Ya era demasiado, ¿no?

Jim Ascari frenó sus pasos. Quedaron frente a frente y tomando el lindo rostro de la bella mujer entre sus manos, mirándola a los ojos le anunció:

—Voy a devolverte aquel mordisco, Vivian.

—Prefiero que me beses, mi amor —musitó ella.

Se besaron.

Y como la embriagadora caricia se fue prolongando, un transeúnte que pasaba rezongó:

—¡Ya está bien! Esas cosas se hacen en casa.

Jim Ascari consiguió separarse de la anhelante boca femenina y mirando al tipo que se alejaba opinó:

—Ese tipo acaba de darme una buena idea.

—La acepto, cariño. ¿No quieres ir a Delmónico?

—No... Prefiero invitarte a mí casa.

—¡Encantada! Haré yo la cena.

—Vivo en Berkeley.

—¿Qué importa? Un taxi nos lleva.

—Y le daré una buena propina si nos lleva volando.

CAPÍTULO IX

Desperezándose, estirando los torneados brazos hacia la cabecera de la cama, Vivian Avergain fijó la mirada en el techo de la habitación y manifestó:

—¡Soy feliz, Jim! Ahora sí que completamente feliz y realizada.

—Perdona, chiquita... No sabía que tú no... no...

—Termina.

—No tiene importancia, mujer.

—Para mí sí, amor... No podía entregarme a otro hombre que no fueses tú. ¿Comprendes?

El teléfono sonó y Jim Ascari tuvo que bajar a la planta baja, donde tenía la tienda. Miró al reloj y malhumoradamente descolgó diciendo:

—¿Quién es, a estas horas?

—Soy yo, Jim.

—¿Quién?

—Yo... Tu hermano Mike.

Jim Ascari se cambió el auricular a la otra oreja, más que para oír mejor, porque necesitó ganar tiempo. No es que la llamada de su hermano gemelo le sorprendiera mucho, sobre todo después de todo lo que había ocurrido en las últimas setenta y dos horas; pero no encontraba las palabras para contestar, al cabo de tantos años de no...

—Dime, Mike —consiguió decir.

—He leído la prensa. Ya sabes: sobre lo que ocurrió en la Clínica Mayer y demás.

—Y...?

—Bueno, muchacho: quiero que sepas que estoy muy preocupado. ¿Es que estás metido en algún lío?

—No... no. En nada.

—Entonces... Como da la casualidad que me pediste aquel dinero, yo...

—Es para mamá: necesita tratamiento.

—Oye, chico... Nunca nos dijiste que lograste salvar a mamá.

—Pues así fue.

—¿Por qué no te comunicaste conmigo, por lo menos?

—¿No te parece una hora muy intempestiva para hablar de eso, Mike?

—¡Qué diablos, Jim! ¡También es mi madre!

—Olvídala. ¡Y a mí también! Ya te devolveré los mil dólares.

—¡Maldita sea, Jim! ¿A qué viene esa actitud?

—Lo sabes muy bien, Mike. Seguimos sin querer saber nada de

vosotros. Y me extraña que, a estas alturas, te hayas interesado por localizarme.

—Te he dicho que he leído la prensa.

—¿Padre también?

—No lo sé: casi no me hablo con él.

—Hasta nunca, Mike: quiero seguir durmiendo.

—¡No, espera...! No... No me cuelgues, Jim. ¡Te lo ruego!

—Lo siento: nada tenemos que hablar.

—¡Te equivocas, Jim! Tenemos que hablar de muchas cosas. Tengo un cheque de cien mil dólares, que papá ha firmado para ti.

—Muy generoso. Se lo devuelves.

—¡Qué tontería, Jim! Si estás en apuros, te echaremos encantados una mano. ¿Es que no te crees lo del cheque?

—¿Por qué no? Hace años que os sobran los millones.

—Precisamente por eso, hermano.

—No me llames así, Mike. ¡Me haces reír!

—¡Qué diablos! Padre quiere hablarte y yo también. Así que te espero mañana en el gimnasio de judo que tengo en San Francisco. ¿Lo conoces?

—Sí... Yo también leo la prensa. Tienes una cadena de ellos por todo el país.

—¿Vendrás?

—Lo consultaré con la almohada.

—Te espero a las once. ¿Te parece, Jim?

—Te he dicho que lo pensaré.

—No seas niño, Jim. Todo se puede arreglar.

—A madre casi la «arreglan», Mike.

—¿Y qué tiene eso que ver, lo que ocurrió en la Clínica con lo nuestro, condenado? Precisamente, si estáis metidos en algo feo, he pensado que yo... padre y yo...

—Escucha bien, Mike: madre y yo jamás nos hemos metido en nada «feo». Y sospecho que nuestras vidas han vuelto a alterarse, desde el instante de pedirte esos cochinos mil dólares.

Con la voz alterada, gritando hasta hacerle apartar el auricular de la oreja, Jim Ascari escuchó bramar a su hermano:

—¿Qué estás diciendo, loco? Esa insinuación es una canallada, Jim. Precisamente me intereso también por nuestra madre y por eso quiero... Escucha tú bien, Jim: si me dices que no vienes mañana, yo mismo iré a verte ahí, a tu casa. ¡Lo quieras o no!

—No amenaces, Mike. Sabes que no estáis en condiciones.

—¿Y no me estás tú amenazando, diantre? Lo que pasó fue hace mucho tiempo y nada podríais demostrar. No tienes derecho a tenernos toda la vida así. ¡La vida de padre es un infierno!

—Él se lo buscó.

—Me estás cansando, Jim. ¿Vendrás o no?

—Iré a tu gimnasio, Mike.

—A las once.

—A esa hora, pero déjame dormir.

—De acuerdo, Jim...

Y tras breve pausa, Mike preguntó:

—¿Cómo está ella?

—¿De veras te importa?

—Te digo que sí, leñe.

—Mal... Sobre todo amargada, triste... Pensando sabe Dios qué...

—Todo esto tiene que terminar de una vez, Jim. Por eso necesito hablar largo y tendido contigo mañana. ¡Ah...! Y no olvides el dinero.

—¿Te refieres al cheque que ha firmado padre?

—Sí... Lo tengo aquí, Jim: ante mí, viendo esos hermosos cinco ceros y el uno.

—Bien... bien: ya hablaremos, Mike.

—Buenas noches, Jim.

El joven colgó sin desear lo mismo.

Subió a la habitación, vio que la mujer dormía y durante algunos minutos se recreó en contemplarla. Vivian Avergain estaba preciosa con todos sus cabellos sueltos y los torneados brazos fuera de la sábana. Mostraba un gracioso mohín en sus labios y Jim Ascari volvió a recordarla cuando era niña.

De no haber sido cierto que a aquella edad estaba enamorado de ella, lo estaba ahora. Tan solo un amargo recuerdo empañaba algo su presente felicidad: aunque pareciera extraño, él había estado en cierta manera también enamorado de la pobre Beatrice.

Pero ahora Beatrice estaba muerta.

El recuerdo de la mujer asesinada le volvió a la realidad y avanzó un paso más. Se inclinó sobre la mujer dormida y llevado por un mal presentimiento se encontró despertándola:

—Lo siento, chiquita. Tienes que levantarte.

Sin abrir aún los ojos del todo, ella medio protestó:

—¡Oh, no, amor! Por favor... ¡Me has dejado rendida, Jim!

—Arriba, Vivian. ¡Tenemos que salir de aquí!

—¿Pero por qué, cariño? Ya es muy tarde para volver a mí casa. Les diré que he estado en casa de una amiga y...

—¡Arriba, perezosa! —insistió él, tomándola por los brazos.

—Está bien... ¡Está bien! Pero ya me dirás por qué no me quieres más en tu cama.

—Te lo diré luego; pero ahora vístete. ¡Y deprisa!

—No te comprendo, Jim. No hace mucho te mostrabas tan cariñoso y ahora...

Minutos después salían a la calle y Jim Ascari se puso a llamar a su vecino Lucio Dingo. Cuando el frutero salió con gorro de dormir y una bata de colores chillones, tras parpadear asombrado al mirar a los dos jóvenes indagó, soñoliento:

—¿Qué... qué pasa. Yal? ¿Sabes qué hora es?

—Perdone, señor Dingo. ¡Tiene que hacerme un favor!

—Por supuesto, amigo. Pero, ¿de qué se trata, Yal?

—Déjenos entrar, por favor: tenemos que pasar el resto de la noche aquí.

—¿Qué le pasa a tu casa, chico? ¿Perdiste las llaves?

—Se lo contaré luego, señor Dingo. Gracias, es usted muy amable.

La vivienda del frutero Lucio Dingo era modesta y sencilla, pero acogedora y limpia. Su dueño les llevó al comedor y al oír en el pasillo los pasos de su esposa le anunció:

—Tenemos visita, Teresa: que Tonino y Francisco duerman en una cama. Dejaremos la otra habitación para Yal y...

Se interrumpió al buscarle los ojos a la mujer joven, empezando a balbucear:

—Bueno, yo... No sé si usted y Yal... Quiero decir que... Quizá solo sean amigos y yo... yo...

—¿Por qué le llama Yal? —se interesó la curiosa Vivian Avergain.

Jim Ascari intervino oportuno:

—También te lo explicaré, chiquita. Anda: acompaña a la señora Dingo y procura dormir, por favor.

—Ya no tengo sueño, Jim. No comprendo nada y todo esto me ha desvelado. Quisiera saber por qué...

Ahora, los extrañados eran el frutero y su esposa. Tampoco comprendían por qué aquella joven había llamado Jim a su joven amigo, que terminó irritándose y volvió a indicar a la muchacha:

—Te he dicho que acompañes a la señora Dingo, por favor. ¡Mañana os lo explicaré todo, diantre!

—Está bien, Jim; no tienes por qué enfadarte.

Al quedar solos los dos hombres y el visitante ponerse a mirar por la ventana a la calle, el frutero se interesó:

—¿Algún problema, Yal? ¿Te persigue alguien, muchacho?

—Apague la luz, señor Dingo.

—¡Vaya! Parece que sí. ¿Puedo ayudarte en algo más?

Quédese quieto ahí y no haga ruido, se lo ruego.

El frutero también se puso a imitar a su joven amigo. Los dos vigilaban la calle, totalmente solitaria a tales horas. El número doce de Buttler Street

prácticamente quedaba casi frontero al número siete, donde quedaba la tienda de artículos deportivos.

Pero en su impaciencia Lucio Dingo siseó:

—¿A quién esperas, Yal?

—No estoy seguro de que vengan, pero he tenido un mal presentimiento, señor Dingo.

—¿Un mal presentimiento? —repitió el italiano—. ¿Sobre qué, Yal?

—¡Calle, por favor! ¡Ahí llega un coche!

Un Chevrolet negro frenó en la esquina y el conductor apagó los faros. Tres sombras descendieron del vehículo y al fin la silueta de un hombre avanzó por la calle, desapareciendo los otros dos individuos al volver por completo la esquina.

Vivamente interesado, Lucio Dingo escuchó que su joven amigo comentaba, en voz muy baja:

—¡Me lo temía! Los otros dos intentarán llegar a mí casa por el jardín.

—¿Quiénes son esos tipos, Yal?

—¡Asesinos!

—¿Có... cómo dices, Yal? ¿Quieres... quieres que llame a la policía?

—¡No...! Espere, señor Dingo: todavía no podríamos acusarles de nada y sería perder el tiempo.

—¿A qué tenemos que esperar, Yal? ¿Qué haces ahora, chico?

—Abrir la ventana: voy a saltar a la calle, a ver si atrapo a ese sujeto y le obligo a que me diga por qué diablos vigila mi tienda.

—¿Te acompaño?

—¡No, no! No le quiero meter en más líos, señor Dingo. Usted tiene su familia y...

Dejó de hablar al ganar la acera y se puso a cruzar la calle, directamente hacia el individuo que se había parado ante el número siete.

Sus pasos sobre la calzada llamaron la atención del misterioso sujeto, quien velozmente se volvió y al llevar la diestra a su sobaquera indagó malhumorado:

—¿Qué hace usted aquí?

—Eso pregunto yo, «amigo». ¡Esa es mi tienda!

—¿Yal Niven? —volvió a preguntarle.

Pero aquella vez Jim Ascari no contestó. Toda su atención se centró en arrojarse velozmente al suelo, para ponerse a rodar sobre él mismo nada más oír el primer disparo.

Las balas rebotaban sobre el asfalto y la calle empezó a llenarse de ruidos. Muchas ventanas se iluminaban y los vecinos se asombraban, entre alarmados y curiosos.

Alguien gritó en la noche:

—¡Llama a la policía! ¡Pronto!

El individuo que disparaba debió decidir que resultaría muy peligroso para él, seguir pretendiendo «cazar» al joven que continuaba variando de sitio sobre la calzada. Salió corriendo hacia le esquina y velozmente se metió en el Chevrolet, poniendo el vehículo en marcha.

Jim Ascari se levantó y también corrió hacia la esquina.

Dos secas detonaciones volvieron a tronar en la noche y las balas pasaron silbando siniestramente sobre el hombre que pretendía alcanzar el vehículo, que terminó alejándose a gran velocidad.

Los vecinos ya salían a la calle, muchos de ellos a medio vestir y llenándola con sus comentarios. Jim Ascari comprendió que le asarían a preguntas y decidió que lo más prudente era salir también pitando de allí.

De quedarse, ¿qué les podría explicar?

En el fondo, no podía acusar a nadie en concreto de aquel nuevo atentado contra él.

CAPÍTULO X

Jim Ascari entró en el gimnasio y el viejo Tokaydo salió a recibirle. El japonés le miró fijamente y, aunque le extrañó la ropa que llevaba el recién llegado, saludó, inclinándose levemente y forzando una amable sonrisa:

—¡Señor Ascari! No... no sabía que había salido.

—Se confunde, amigo: no soy quien piensa.

—¿Ah, no, señor Ascari?

—No: mi nombre es Jim, no Mike.

—¿Está... está de broma, señor? Aunque su voz... Sí; su voz parece distinta... más... más amable, diría yo.

—Gracias.

Jim Ascari comprendió la confusión de aquel viejo japonés, porque se había afeitado el bigote. Ahora era exactamente igual a su hermano gemelo y escuchó que el encargado del *dojo* le decía, aún perplejo y confuso:

—¿Desea recibir clases de judo, joven?

—Deseo hablar con el dueño.

—No sé si podrá recibirle el señor Ascari.

—Dígale que está aquí Jim.

—¿Jim? ¿Simplemente eso, señor?

—Bastará.

Bastó; incluso el encargado del gimnasio escuchó de labios del auténtico Mike Ascari, nada más pasarle el recado:

—Tráele aquí ahora mismo, imbécil. ¡Y deja de arrastrarte como una tortuga!

Minutos después, solo cuando se retiró el japonés, Mike saludó a su hermano:

—Siéntate. Jim.

—Prefiero seguir en pie. Mike.

—Allá tú: siempre fuiste un rebelde.

—Pero no hago las cosas que tú.

—No empecemos, por favor. Tenemos que hablar seriamente.

—Tú lo has dicho. Mike. ¡Muy seriamente!

La mano del *judoka* quedó extendida al indicar:

—Mira el cheque que te dije, Jim. ¿Recuerdas la firma de padre?

—Perfectamente: supongo que será legal.

—Ante todo, no pienses que es ningún soborno o que deseamos comprar tu silencio. Padre y yo hemos comprobado que, durante esos doce años, nada has declarado contra nosotros.

—Lo hice por madre: ella no quiso llevar a la silla eléctrica a su marido y a su otro hijo.

—¿A la silla eléctrica? —empezó a sulfurarse el violento *judoka*—. ¡Aquello fue un accidente!

—Sabes muy bien que no, Mike. Padre llevaba meses discutiendo con ella, para obtener el divorcio. ¡Porque quería volver a casarse con la multimillonaria Rachel Lanford.

—Estaba en su derecho: madre no se comportaba bien.

—¡Mentira! Madre solo quería salvar su matrimonio.

—Sí, sí, Jim... Pero mientras tanto, se entendía con su buena amiga May Chapman.

—Otra mentira de padre, para conseguir sus propósitos. Ni May Chapman ni mamá fueron nunca lesbianas.

—Bien que esa puerca siempre estaba en casa de mamá. ¡Para hacer sus marranadas!

—Mide tus palabras, Mike: si padre te envenenó con esos embustes, fue para tenerte de su lado.

—¿Vas a negar que aquella viciosa y mamá estaban siempre juntitas?

—Eran amigas desde la infancia: estudiaron juntas. Y por otra parte, madre no era responsable de las inclinaciones de May Chapman.

—Cuando se tiene una amiga así, se la rechaza.

—Madre no es así. Es comprensiva para todo. Y contigo y padre lo ha demostrado. ¡No os quiso hundir!

—¿Y crees que por eso os debemos lamer los pies?

—Pudo contar lo sucedido. ¡Y no lo hemos hecho!

—¿Y ahora, Jim?

—¿A qué te refieres?

—A tu carta: después de tanto tiempo, has empezado a pedirme dinero.

—Madre ha tenido una recaída: necesitaba esos mil dólares que te pedí.

—A mí me huele a otra cosa.

—Tú siempre fuiste así, Mike. ¿Crees que os haríamos chantaje por mil cochinos dólares? Además; madre no sabe que te los pedí.

—¿De veras?

—Te doy mi palabra.

—Voy a creerte. Jim. Y hasta tendrás otro cheque como este, con una condición.

—Tú dirás. Mike.

—Tú y mamá seguiréis llamándoos la señora Ruth Evans y su querido hijo Yal Niven. ¡Pero los dos saldréis del país!

—¿Qué es lo que temes. Mike?

—¡Nada! Nunca he temido a nada. ¿Te enteras? Pero será mucho mejor... para los cuatro.

—Escucha, Mike: yo nunca podré olvidar lo que intentasteis. Son cosas demasiado horribles, que quedan para siempre impresas en el alma. Pero precisamente por eso, para no remover tanta basura, para no ensuciar mi propio nombre con todo aquello, hace ya mucho tiempo que madre y yo decidimos cambiar de nombre, desaparecer de vuestras vidas y dejar que vuestro castigo sea vuestra propia conciencia.

—¡Yo no tengo que acusarme de nada, Jim!

—Secundaste en todo a padre. Cuando la echó de casa y madre tuvo que irse a vivir a aquella casita, él y tú insististeis en todos aquellos horribles embustes.

—¿Acaso no la visitaba su «amiga» May Chapman?

—¿Y por qué no, si la pobre tenía que vivir sola?

Jim Ascari logró serenarse, al fin se sentó ante la mesa frente a su hermano gemelo y con pesadumbre siguió recordando:

—Aquella tarde, cuando los tres fuimos a visitar a mamá, padre se enfureció mucho al encontrar allí a May Chapman. Discutieron violentamente y de acuerdo que fue May la que le atacó con un cuchillo de cocina; pero fue padre quien la apuñaló al final a ella.

—Tuvo que defenderse, ¿no?

—Lo admito. ¿Pero qué hicisteis tú y padre?

—Salimos de allí: yo era muy niño.

—Somos gemelos. Mike: tienes mi misma edad. Pero yo me quedé allí, junto a nuestra madre y al cuerpo de aquella mujer.

—Siempre has sido un «caballero andante». Jim.

—O menos cobarde que tú.

Casi mordiéndose los puños, el atlético *judoka* volvió a clavar sus pupilas en su hermano, pero aquella vez nada objetó. Y eso dio lugar para que Jim añadiese, siempre acusador:

—Y eso no fue lo peor... Ya en el jardín hicisteis algo más terrible.

—No fui yo, Jim.

—Tú o padre: eso lo sabréis vosotros. Prendisteis fuego a la casa... ¡Para borrar el crimen de papá! De acuerdo: ¿pero es que olvidasteis que mamá y yo seguíamos allí dentro?

Nuevo silencio del *judoka.*

—¿O bien fue que padre pensó que aquello solucionaba todos sus problemas? Madre también moría, él podría volver a casarse con la millonaria y a vivir como reyes el resto de vuestras vidas. ¿No fue así, Mike?

—Te he dicho que yo era muy joven; no podía ponerme a discutir con papá.

—Bien que huiste con él, dejándome también allí, a tu hermano gemelo.

—Tú hacías que siempre nos llevásemos mal.

—O tú, Mike. Con tu violencia, con tu mal carácter, con tus caprichos de muchacho envidioso.

—No puedes negar que madre te quería a ti, y no a mí.

—Por algo sería, ¿no?

—De acuerdo: soy violento y no lo puedo evitar. Por eso te aconsejo que no me calientes más los cascos.

—¿Me estás amenazando, Mike?

—Te advierto: no tienes por qué entrar en tantos detalles.

—¿No me dijiste anoche por teléfono, que debíamos hablar largo y seriamente? ¿O solo me llamaste para comprobar si estaba allí, en la casa?

—¡Qué tontería! ¿Por qué dices eso, Jim?

—¿No sabes que ayer tarde, casi me atropella un coche?

—¿Ah, sí?

—¿Y que esta madrugada, tres sujetos también iban a por mí?

—¡No me digas! ¿Adónde?

—Se plantaron en Berkeley, en el número siete de Buttler Street.

—¿Qué querían?

—¡Matarme!

—¡Eh! Un momento, Jim... ¡Un momento! ¿Qué estás pretendiendo insinuarme?

—Simplemente te informaba.

—Será por todo ese lío en el que debes andar metido.

—Te repito que no ando metido en ningún lío.

—Nunca se sabe: siempre andan enemigos sueltos por ahí.

—Eso te pasará a ti.

—¿A mí? Llevo una vida muy sana, muy deportiva.

—¡Ya! Terminando con tus contrarios, sobre el tapiz.

—Mala suerte; en el judo a veces ocurren esos accidentes. Veo que has seguido mi vida deportiva.

—Te diré, Mike: prácticamente, nunca he dejado de pensar en ti.

—No te pongas tierno, que entre nosotros eso no nos va.

—No ha sido por cariño.

—¡Ah, ya...! ¿Quizás esperando sacarnos dinero algún día, Jim?

—Tranquilo: podéis seguir disfrutando de los millones de la estúpida de Rachel Lanford.

—Legítimamente, Jim. No olvides que fue la segunda esposa de papá.

—¡Naturalmente! Después del incendio y tras sacar yo a mamá de aquel infierno, os apresurasteis a identificar el cadáver carbonizado de May Chapman como si fuese el de mamá.

—¿Qué podíamos hacer? Aquella había sido su casa, ¿no?

—Mentisteis, como tantas otras veces. Una bonita historia que os ayudó

a montar el abogado Van Lee Avergain.

—Sí; veo que has seguido todos nuestros pasos.

—Fue una boda de alta sociedad. Y os instalasteis en la finca de los Lanford.

—¿Por qué no, Jim? Rachel se portó como una verdadera madre para mí.

—Y mientras, ¿no pensabas en la tuya, Mike? ¡En la nuestra!

—Desaparecisteis, leñe. ¿También de eso tenemos la culpa?

—Ya te he dicho por qué. Ni madre ni yo quisimos saber nada más de vosotros. De habernos presentado para contar toda la verdad, las cosas habrían sido aún más desagradables.

—Claro: habrían salido a relucir las «relaciones» de mamá y aquella guarra de May.

—Eso lo habríais declarado vosotros.

—Yo siempre sospeché que lograste sacar a mamá de allí. Solo encontraron un cadáver de mujer y ni rastro de ti, Jim.

—Pero os interesó decir que era el de mamá. Aquella era su casa, el incendio fue «accidental», padre quedaba «viudo» legalmente... ¡Y a olvidar...!

—En eso te equivocas, Jim. Padre jamás pudo levantar cabeza desde entonces. Vive amargado, siempre encerrado en aquella finca.

—Y tú por ahí, ganando combates y dando suelta a tu violencia.

—¡Soy campeón del mundo, Jim!

—No. Mike, no... ¡Eres un falso campeón!

—¿Yo? ¿Yo un falso campeón? ¡Todo el mundo sabe que es cierto! Tengo mis trofeos, mis copas, mis certificados. ¡Te los puedo enseñar!

—Pero ignoran quién eres realmente.

—Si te refieres a esa vieja historia, nunca se sabrá.

—Puedo contarla y con el testimonio de mamá.

—¡No lo harás!

—Pues sería muy interesante contarle al mundo que, un auténtico campeón del mundo de judo, nunca debe ser un asesino...

—¡Repite eso, Jim!

Los dos se habían levantado. Volvían a taladrarse las pupilas, aunque en aquella ocasión con tonos sombríos y amenazadores por parte de Mike.

Se diría que, solo la mesa que mediaba entre los dos, le impedía saltar sobre su hermano gemelo y triturarle con sus manos, diestras en atacar y aplicar eficaces llaves, que hasta podían llevar a su contrincante a la muerte.

Por su parte, aunque vigilante, Jim insistió:

—Te digo que eres un falso campeón, porque el judo es el arte de luchar noblemente y en ti no hay nada de eso. ¡Solo violencia enfermiza

que descargas en ese deporte! Por eso te has dedicado a él.

—¡Maldito seas! Ya me estás hartando.

—¿Qué te pasa, Mike? ¿Te irrita que te digan la verdad?

—Me disgustas tú, Jim... ¡Me vuelve loco pensar que pueda existir otro hombre, exactamente igual a mí! ¡Yo soy único! ¿Te enteras? ¡Único, y no debe haber otro igual a mí!

Y se lanzó sobre su hermano gemelo como una fiera, dispuesto a destrozar su presa.

CAPÍTULO XI

De no ser por la mesa que mediaba entre los dos, Jim habría sido alcanzado y fulminado por el canto de aquella mano diestra, que terminó brutalmente partiendo el tablero, con aquel golpe de karate.

Reculó hacia atrás esgrimiendo sus puños para defenderse, al ver que el furioso Mike apartaba a manotazos los restos de la mesa destrozada, dispuesto a seguir atacándole. Jim sabía algo de boxeo, pero nada de judo ni de otras luchas orientales.

Si su hermano lograba atraparle con sus terribles manazas, estaba perdido.

Por fortuna para él, la cólera desatada de Mike le permitió esquivar su segunda embestida, flexionando la cintura y a la par lanzando su puño derecho. Una manaza de su hermano pasó como una exhalación rozando su hombro, mientras él conectaba su puño contra aquel rostro congestionado por la ira.

Jim también pesaba más de ochenta kilos y su directo alcanzó y lanzó al furioso rival hacia atrás, aunque no lo derribó. La sangre brotó por la nariz y los labios de Mike, que lanzó su terrible *kiai* como todo *judoka* que intenta paralizar al adversario al atacar.

Oír el grito y sentir el pie de su hermano en el estómago al tiempo que tiraba hacia él por sus ropas, fue todo uno para el sorprendido Jim, que se vio volando por el aire al aplicarle aquel lanzamiento de *O-soto-gri:* una formidable y veloz zancadilla que no fue capaz de esquivar.

Cayó pesadamente sobre el entarimado de madera de la oficina del gimnasio, derribando a la vez una silla y la papelera.

Cuando realmente se practica el judo, los derribados pueden incorporarse al instante, para hacer una profunda reverencia ante el rival, antes de reanudar la lucha.

Pero, por todo lo ocurrido. Jim fue consciente de que en aquella ocasión el furioso Mike no guardaría ninguna de estas normas. No esperaría a que él se levantara y se lanzaría como un tigre sobre él nuevamente, con toda seguridad dispuesto a aplicarle sobre el suelo situándose a sus espaldas, la llave de estrangulamiento.

La temible *Shimevaza* que tantos triunfos le había hecho alcanzar a Mike Ascari.

Y terminaría con él.

—¿O es que acaso no llevaba tres días intentando asesinarle?

El grito *kiai* volvió a sentirse en labios de Mike y Jim rodó veloz por el

suelo, para que no cayese sobre él. Buscó la pared de la oficina para apoyar sus espaldas contra ella, deseando sentirse más protegido así, pero no pudo evitar que por segunda vez, el pie de su hermano cayese sobre su estómago, medio aturdiéndole. Confusamente vislumbró que un brazo de Mike se alzaba, dispuesto a descargar el canto de su mano contra su cuello.

Pero entonces ocurrió el «milagro».

Un milagro en forma del viejo japonés Tokaydo, que a los gritos de lucha había corrido a la oficina y, también veloz y hábil, se aferró a aquel brazo alzado para aplicarle una contrallave.

Consiguió que Mike diese una voltereta sobre sí mismo, pues de no haber cedido a la presión su brazo se habría quebrado. Fue a chocar contra la otra pared de la oficina, derribando todo lo que encontraba con gran estrépito. Pero el *judoka* quedó en pie y a su vez se lanzó en plancha contra su nuevo contrincante.

Aunque diestro y muy hábil, el viejo Tokaydo duró muy poco en manos de aquel campeón. Una proyección sobre su cadera, le permitió al dueño del gimnasio aplicar un contundente *hane-goshi* al japonés, que terminó chocando contra las cristaleras de la oficina, con gran estrépito.

El colérico Mike avanzó para rematarle, cuando sintió que ochenta kilos se lanzaban sobre su espalda. Unos brazos pasaron bajo sus sobacos y fuertes manos se enlazaron tras su cuello de toro, para ser sometido en lo que la lucha libre americana se llama una *doble Nelson.*

Se vio obligado a bajar la cabeza, pero no logró librarse de aquella fuerte presa. Entonces flexionó las rodillas, para a su vez voltear a su hermano Jim, quien muy pegado a sus espaldas le obligó a seguir la misma trayectoria.

Seguían los dos forcejeando y rebufando sobre el revuelto suelo de la destrozada oficina, cuando una voz autoritaria tronó:

—¡Ya basta! ¡El juego terminó, bestias!

El teniente Hans Diamond apoyaba su orden con la pistola de reglamento que empuñaba su derecha. Y junto a aquel hombre desconocido para Mike, dos policías más de uniforme parecían dispuestos a secundarle.

¿Qué hacía la policía allí? ¿Quién la había llamado?

Ya incorporados, los dos hermanos gemelos continuaban mirándose fijamente, mientras intentaban recuperar el compás de respiración. Antes de conseguirlo Jim habló:

—Gracias, teniente... Pero pudieron entrar un poco antes. Ese pobre viejo creo que tiene el cráneo partido.

—Sí —anunció el arrodillado sargento Lester—. O al menos sangre en la nuca, por los cristales rotos.

Contestando a Jim, el teniente Diamond se justificó:

—Usted nos dijo que no entrásemos, si no había «jaleo», Jim.

Clavando en el policía su mirada, el dueño del gimnasio quiso saber, apenas contenido:

—¿Qué significa esto?

—Queda usted arrestado, Mike Ascari —fue la respuesta.

—¿Yo...? ¡Váyase a paseo, maldito policía! ¿Bajo qué cargos, se puede saber?

Volvió la vista hacia su hermano, al ver que Jim sacaba algo del bolsillo de su chaqueta y le ofrecía al teniente Hans Diamond.

—Creo que con esto bastará, teniente. El aparatito se ha roto, pero la cinta grabada se podrá oír lo mismo en otro.

—Creo que sí, Jim. ¡Fue buena idea!

—¡Un momento! ¿Grabaste toda nuestra conversación, Jim?

—Sí, Mike: tuve que hacerlo.

—¡Eres un traidor!

—¡Quieto! —se interpuso el sargento Lester—. Ya nadie asusta con su diabólica destreza en la lucha, amiguito.

—¡Aparta, estúpido! No me ponga las manos encima.

—Voy a ponerle algo más seguro. ¡Las esposas!

—No se atreverá, imbécil. ¿Sabe quién soy?

—Sí, Mike: pronto lo sabrá todo el mundo. Un falso campeón.

—Tú sí que has sido falso, Jim... Hacerle una sucia jugada así a tu propio hermano... ¡Me asqueas!

El salivazo no llegó al rostro de Jim, pero sí le salpicó la ropa.

—Escupe todo tu veneno... Vas a pagarlo todo junto, Mike.

—No cantes victoria, pobretón. Padre y yo tenemos buenos abogados. ¡Nada podrás demostrar!

Mostrándole el pequeño magnetófono roto, nuevamente el teniente intervino:

—Para su desgracia, con todo lo grabado aquí y las declaraciones de su madre y su hermano, habrá suficiente.

—Ella jamás declarará contra mí.

—También te equivocas, Mike. Todo tiene un límite y terminasteis con su paciencia. La primera vez que intentasteis asesinarla, solo quedó paralitica cuando al sacarla de allí los dos rodamos por las escaleras. Se resignó y me pidió que nada dijéramos, desapareciendo para siempre de vuestras vidas.

Jim hizo una pausa, antes de añadir:

—Pero lo intentasteis otra vez, así que supiste que vivíamos y me localizaste al pedirte los mil dólares.

—Yo no hice nada para localizaros, Jim. Te dije que me enteré por la prensa.

—También mientes. ¿No te dice nada el nombre de Peter Banto?

—¡No!

—Fue un buen detective privado: le contrataste para eso.

—No lo podrás demostrar.

—Huo-Park lo ha confesado.

—¿Có... cómo dices? ¿Tienen detenido a mí entrenador?

—Así es —confirmó el teniente Diamond.

—Pero... cómo... cómo han podido...

—Como buen detective privado, Peter Banto fue un tipo muy astuto. Cuando fue asesinado y arrojado por las escaleras de sus oficinas, tuvimos que investigar. En su despacho se encontró una carpeta que ponía: «Asunto del hermano gemelo de Mike Ascari», y más abajo la palabra «secreto».

Ante el silencio de Mike, el policía adelantó:

—¿Va comprendiendo ahora?

—Pe... pero Huo-Park no... no ha podido confesar que él... él...

—Nosotros también tenemos nuestros trucos. Nos bastó con mentirle un poco y se puso a cantar como un canario. Y conste que no lo digo por su piel amarilla —bromeó el policía.

—A ese coreano le dijimos que usted ya estaba detenido, y que había confesado que le pagó para eliminar a Peter Banto.

La intervención del sargento Lester hizo que el dueño del gimnasio reclinase la cabeza. Se puso a mirar las esposas que sujetaban sus muñecas y sordamente masculló apenas retenida su cólera:

—Aun así, podría terminar con todos ustedes a golpes... Pero ya... ¡Ya estoy muy cansado de todo esto!

—Llévenselo, sargento.

—Solo un momento, teniente.

—¿Qué quiere ahora, Jim?

—Posiblemente, nunca más volveré a hablar con Mike.

—Hágalo ahora, si le apetece.

—No me apetece, teniente. Mi madre y yo hemos vivido bien todos estos años sin él. Incluso empezábamos a olvidar poco a poco todo lo que pasó, cuando ellos, otra vez...

—Termina, Jim. ¿Qué diablos quieres decirme?

—Solo si padre está metido en todo esto... Solo eso.

La respuesta del *judoka* fue un nuevo reto:

—Adivínalo, ya que eres tan listo.

—Muy digno de ti, Mike. ¡Estás lleno de odio!

—¡Puaf! —le escupió de nuevo.

Aquella vez, el salivazo sí que acertó en el rostro del hermano gemelo.

—¡Al coche con él, sargento!

—Sí, jefe... Ahí viene ya la ambulancia para ese viejo.

El japonés Tokaydo se había vendado la cabeza y a su vez manifestó:

—No se preocupen por mí, caballeros. Me encuentro perfectamente. Yo diría que hoy es el día más feliz de mi vida.

—Gracias por su intervención, amigo.

—De nada, señor Ascari.

—Puede llamarme Jim.

—Gracias por el honor, joven. Pero es que cuando vi que esa mala bestia de Mike se lanzaba sobre usted... ¡No lo pude evitar!

—¿Satisfecho también, Jim? —se interesó el teniente—. Lo ha hecho usted casi todo.

—Verá, teniente... Cuando anoche aquellas tres tipos que le conté vinieron por mí, empecé a sospechar de Mike.

—Ahora, el que miente es usted, Jim.

—¿Por qué dice eso?

—Confiese que empezó a recelar de su hermano gemelo mucho antes. Pero cuando yo le preguntaba sobre su vida y si tenía algún enemigo, no quería confesarme que su nombre de Yal Niven era falso.

—La verdad es que no quería que se descubriese todo lo que pasó en mi familia hace tanto tiempo. Era algo que mi madre y yo intentábamos olvidar.

Hizo una breve pausa y al no ver al policía muy convencido añadió:

—Además, no tenía ninguna certeza entonces de la posible culpabilidad de Mike.

—Su madre ha debido sufrir mucho.

—No lo sabe bien, teniente.

—Y usted también.

—Bueno: yo me adapté pronto a nuestra nueva vida. Era muy joven y, ¿qué adelantábamos denunciando a mí padre y mi hermano? May Chapman ya estaba muerta, nada la podía resucitar y, por otra parte, resulta muy duro acusar a un padre y un hermano de tales cosas. Preferimos lo que hicimos: dejar que siguieran su vida y nosotros la nuestra.

—El delito siempre debe pagarse, Jim.

—Para eso están ustedes, los policías, ¿no?

—Pero eso le costó la vida a su amiga.

—Cierto, teniente: es lo único que ahora lamento. Que la pobre Beatrice muriera.

—El detective privado Peter Banto también murió.

—Sí: eso debió ordenarlo Mike, para que, al atentar contra mi madre y contra mí, ese hombre no pudiese enlazar el crimen con las investigaciones que mi hermano le ordenó hacer sobre Ruth Evans y sobre Yal Niven.

—¿Le llevo a su casa, Jim?

—Gracias, teniente: pero quiero dar un paseo.

—¿Hasta Berkeley?

—¡No tanto, hombre! Solo para reflexionar un poco y visitar a mí madre en la clínica.

Se despidieron.

CAPÍTULO XII

El viejo abogado Van Lee Avergain miró a su mejor cliente, y tras lacrar el nuevo testamento de Bruno Ascari en un gran sobre, osó comentar:

—Tu hijo se enfadará mucho. ¡Y ya conoces a Mike!

—Porque le conozco bien, es lo que merece.

—Pero así... Desheredar a Mike por completo... No sé, Bruno.

—Ahora lo dejo todo a mí primera esposa y mi otro hijo.

—¿Estás seguro que viven?

—Mike lo sabe: les envió cien mil dólares que le firmé.

—¿Y qué tiene este otro sobre cerrado que me entregas?

—Ya lo sabrás... Se lo entregas a la policía esta noche.

—Lo haré, pero... ¿Adónde vas ahora, Bruno?

—A que Deam me dé un paseo. ¡Hacía un siglo que no sacábamos del garaje el Rolls-Royce!

—¿Quieres que te acompañe y hablamos?

—No, por favor, no... Ya nada tengo que decir: solo descansar.

—Como quieras, pero yo también estoy preocupado. Mi hija Vivian anoche no vino a casa a dormir. Sus hermanos me han dicho que telefoneó, diciendo que estaba en casa de una amiga.

—Seré así: Vivian ya es mayorcita, hombre.

—Adiós, Bruno: que te sosiegues en ese paseo con Deam.

—Es un buen chófer: sabrá elegir el sitio.

El fatigado y rico Bruno Ascari subió a su soberbio coche y el servicial Deam arrancó conduciendo despacio. Bordeaban la costa cuando el multimillonario pidió:

—Para aquí, Deam... Y tú baja a dar un paseo, muchacho.

—Como diga el señor.

El uniformado chófer bajó y apartándose del vehículo se puso a contemplar la lejanía del mar. Se puso a pensar que el Pacífico era inmenso y que al otro lado, a miles de millas, quedarían las costa del Japón y la China y mil países más exóticos y remotos.

El señorito Mike los debía conocer todos. Había paseado por el amplio mundo su cinturón de campeón universal de judo.

La verdad era que, aquella familia de los Ascari, lo tenía todo.

Aunque él no se podía quejar: el viejo le pagaba un buen sueldo.

De pronto, una inesperada explosión seguida de una gran llamarada le hizo girar la cabeza con tanta prontitud, que perdió la gorra.

—¡Dios santo! —exclamó—. ¡El Rolls-Royce está ardiendo! ¡Ha

explotado!

Corrió veloz, pero pronto comprendió que nada podía hacer.

El lujoso vehículo ardía por los cuatro costados.

Lo que siempre ignoraría era que su dueño, en su horrible agonía, derrumbado sobre el asiento posterior musitaba a su vez:

—Es... es lo que merezco... ¡Yo también quise matarlos así a ellos!

No fue capaz de musitar más.

Ahora, solo el cielo tendría que juzgar doblemente a Bruno Ascari, un hombre arrepentido.

* * *

—Tenga, Jim: lea eso.

—¿Qué es, teniente?

—La confesión completa de su padre: acaba de enviarla su abogado, Van Lee Avergain.

Minutos después, Jim Ascari dejaba aquellas cuartillas escritas a mano sobre la mesa del policía. Su único comentario fue:

—¿Se ha comprobado, teniente?

—Sí, Jim: un coche patrulla llamó, anunciando que el Rolls-Royce de Bruno Ascari explotó, cuando estaba parado frente a la costa de Drakes Bay.

El silencio del joven le hizo añadir al policía:

—El chófer dice que el señor Ascari le mandó bajar y dar un paseo a pie. Por lo visto...

—No se canse, teniente: me figuro lo que pasó.

—Lo siento.

—¿Por qué, amigo? De una forma o de otra, se cumplió la justicia. Aunque manchada deja su vida quien su muerte procura.

—Perdone, pero... Me temo que su padre ya la tenía bastante manchada.

—Por eso lo hizo, amigo.

—Tiene usted que ir a ver a ese abogado, Jim.

—Ya lo haré, teniente. Y gracias por todo.

—Al contrario, Jim: gracias a usted hemos podido resolver muchos casos.

—Hasta la vista teniente: me espera Vivian abajo.

—¿Quién es Vivian?

—¿No lo adivina?

—Ni idea.

—Pues, precisamente, la hija de ese abogado.

—¡Vaya! El mundo es muy pequeño.

—No lo crea, pero suele ocurrir que unas cosas se enlazan con otras. Al

fin de cuentas, el presente suele ser la suma viviente de todo lo pasado.

* * *

Vehemente y preguntona como siempre, la vivaz y temperamental Vivian Avergain se puso a enlazar:

—¿Me aceptará tu madre? ¿Querrá venir con nosotros en ese viaje? ¿Crees que se recuperará en esa clínica? ¿No le parecerá mal, después de todo lo pasado, que tú y yo...?

—Avísame cuando termines.

—¿Cuándo termine de qué, mi amor?

—De hacer preguntas.

—Ya he terminado, Jim.

—¿Me permites empezar a mí, cariño?

—¡Adelante, mi rey!

—¿Me quieres?

—¡Mucho!

—¿Te casarás conmigo?

—Si es posible, ahora mismo.

—Pues no se hable más, nenita. Mi madre es una mujer que ha tenido que sufrir mucho y por lo tanto se ha vuelto muy comprensiva. Lo que quiere decir que no solo te aceptará y le gustará ese viaje, sino que se lo merece mucho y será muy feliz con los dos.

—Pero es que...

—¿Qué?

—Ahora el que preguntas eres tú.

—Termina tu «pero».

—¿No recuerdas que mi padre le aconsejaba que aceptase el divorcio que proponía tu padre? ¡Hasta insistía, Jim!

—Lo hizo, como abogado; pero luego para nada intervino en lo que los otros fraguaron.

—Está bien; pues después que me hartes a besos y a quererme, iremos a decírselo.

Jim Ascari extendió sus brazos y retó:

—Ven aquí, chiquita. ¡Yo nunca me hartaré de tenerte en mis brazos!

Y el reto amoroso empezó...

F I N





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.